



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

La prensa de Madrid, política, literaria y profesional, confundida en una aspiración común, y hondamente conmovida ante la terrible calamidad con que Dios ha querido probar nuestra resignación á la par que nuestra fortaleza, ha acordado, prescindiendo en tan angustiosas circunstancias de todo espíritu político, apelar compacta y unida al sentimiento nacional en favor de las desventuradas comarcas de Andalucía, hace poco tan risueñas y tranquilas, por donde ha pasado de improviso la más espantosa de todas las catástrofes. La energía humana puede luchar con la inundación, atajar el incendio y combatir la epidemia; pero no tiene defensa alguna contra esas tremendas sacudidas de la tierra, tanto más trágicas cuanto más inesperadas, donde se paraliza hasta el instinto de la propia conservación, porque el peligro se revuelve bajo nuestros pies, invisible, desconocido é inevitable. Á los repetidos y formidables golpes de un enemigo que se siente y no se encuentra, han quedado en una de las regiones más hermosas de España destruidos pueblos enteros; sepultados bajo sus ruinas centenares de víctimas;

sin hogar multitud de familias que acampan ó huyen despavoridas, medio desnudas y hambrientas, entre los estremecimientos de la tierra y las inclemencias del cielo.

Ante este cuadro de desolación y espanto, cuya grandeza no cabe en descripción alguna, nuestras disensiones intestinas enmudecen, y el dolor nos une á todos en un mismo pensamiento. La prensa de Madrid, ¿qué decimos la prensa de Madrid?... la de toda España, haciéndose intérprete de esta impresión tan unánime como profunda, concentra en un solo clamor sus voces, por desgracia, casi siempre discordes, como se confunden las plegarias de la muchedumbre bajo las bóvedas del templo, para implorar de sus conciudadanos, no lágrimas estériles y lamentaciones baldías, sino el esfuerzo vigoroso de un pueblo viril, á quien la desgracia aflige pero no abate.

No abriga la prensa de Madrid la presunción desmedida de despertar una compasión que desde los primeros instantes ha germinado espontáneamente de un extremo á otro de la Península, y harto conoce que su llamamiento á la caridad no es más que la palpita-

cion pública de un sentimiento piadoso y patriótico que vive en todos los corazones, el eco de un gemido que asoma á todos los labios y la expresion de un deseo que ocupa todas las voluntades. ¿Cuándo ha requerido el pueblo español estímulos de ningún género para dar ámplia salida á las efusiones de su alma cristiana y generosa? La prensa de Madrid no se dirige, pues, á la conciencia nacional para despertarla de un sueño egoísta en que, por dicha, jamás ha caído; se dirige sólo para recordarla que á la magnitud del infortunio es menester que respondan la extension del sacrificio y la celeridad del remedio.

Nuestros infelices compatriotas, sin hogar, sin pan, sin abrigo, aterrados aún por la memoria amarga de los desastres que han presenciado en horas de interminable agonía, necesitan pronto, muy pronto, de la largueza del rico, del céntimo del pobre, de la insinuante súplica de la mujer, de la pluma del escritor, de la habilidad del artista, de la labor del menestral, hasta de la limosna del mendigo para reconstruir sus casas desplomadas, cubrir sus miembros ateridos, aliviar su miseria y enterrar piadosamente á sus muertos, que yacen todavía insepultos entre los escombros.

¿Cómo ha de dudar la prensa de Madrid de que todo el país conteste á su excitacion, si en estas circunstancias es sólo el órgano por donde se escapa el grito del duelo nacional? Con-

testará seguramente en breve plazo, porque á pesar de los encontrados intereses de la vida, aún comulgamos en el altar de una patria común, y no obstante nuestras ardientes luchas de partido, todavía se encuentran y enlazan nuestros brazos fraternales en el seno de la caridad, que todo lo engrandece y purifica.

Madrid, Enero de 1885.

LA PRENSA DE MADRID.

* * *

Los donativos para la suscripcion oficial se reciben en Madrid por el habilitado del Ministerio de la Gobernacion.

En provincias, los gobernadores serán los encargados de recibirlos, segun se les prevenirá en una circular que se les dirigirá hoy mismo.

El Círculo de la Union Mercantil los recibirá en su propio local, habiendo acordado enviar esta semana una circular á los círculos de la misma indole de las provincias, invitándoles á unirse á sus acuerdos, abriendo suscripciones en sus respectivas localidades.

Aquellos de nuestros suscritores que deseen contribuir con alguna cantidad á remediar tan grandes infortunios y nos honren con su confianza, pueden enviarnos las sumas que gusten, las cuales serán entregadas inmediatamente á cualquiera de los centros encargados de repartir los productos de la suscripcion.

EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE.

CUATRO PALABRAS POR VIA DE PRÓLOGO.

El fallecimiento del gran poeta norte-americano Enrique W. Longfellow (1) ha dado, al fin, aquí autoridad á su nombre, pues con tan triste motivo los periódicos (especialmente los dos más leídos en España, *La Ilustracion* y *El Imparcial*), al par que su interesante biografía y el merecido encomio de sus producciones literarias, han publicado, traducidas con más ó ménos esmero, algunas de sus poesías mejo-

(1) En uno de nuestros próximos números publicaremos el retrato y la biografía de tan célebre escritor.

res, aunque pocas, suficientes para despertar en el público el deseo de conocer y saborear la obra capital de tan insigne vate, por alguien llamado el Victor Hugo de América.

EVANGELINA es la obra capital de Longfellow, en opinion unánime de los críticos. Libre de los defectos que tilda en otras suyas la crítica, como resabios adquiridos durante sus viajes, ó por efecto de su afición á determinadas literaturas europeas, y también como nacidos de preocupaciones de escuela, preocupaciones del estético y del literato no ménos que del poeta, EVANGELINA reúne y cifra en sí los méritos, bellezas y primores que avaloran todas las demas produccio-

mes de Longfellow, siendo, por lo tanto, la más característica de todos.

Su tendencia moral no traspasa la medida de las conveniencias artísticas; y esto es de notar, porque Poe tachaba en las obras poéticas de Longfellow el estar de ordinario fundadas, más bien que sobre la base de la pura belleza, que es el cuerpo privativo del arte, sobre la base de una enseñanza moral, á veces demasiado restringida, hasta el punto de impedir á ellas con exceso la necesaria variedad de la creación literaria, dando á esta una finalidad extraña. Sobre todo el poema de EVANGELINA flota un alto y sano pensamiento moral, de cuya pureza y elevación responden los elogios de autoridad tan indiscutible en la materia como el célebre cardenal Wiseman, mas sin que llegue nunca lo *tendencioso* á supeditar ni á un embarrasar lo artístico; es sólo como un perfume de bondad que se mezcla al perfume de su poesía, haciéndolo todavía más grato y puro. No se prestaba á ello tampoco la índole de este poema, á ménos de desnaturalizar su carácter.

EVANGELINA es principalmente un poema descriptivo: los magníficos cuadros de la exuberante, rica y variada vegetación norteamericana; de aquellos accidentados cuanto grandiosos paisajes, llenos de vida, de luz y de color, de contrastes y de maravillas; y de las costumbres y afectos, casi patriarcales, de sus pobladores en época en que todavía la invasora civilización no había cortado, ó alojado al ménos, sus relaciones íntimas con la naturaleza, en cuyo seno vivían sencillos y felices, renovando á lo cristiano la antigua Arcadia griega.... constituyen las excelencias de EVANGELINA. El argumento, poetizado de un triste episodio de la historia de Nueva-Escocia, no puede ser más sobrio; diáfano, á primera vista, que sólo tiene por objeto prestar el suficiente interés novelesco y servir de enguste á esas hermosas descripciones. De él resulta, sin embargo, un original carácter, el de Evangelina, tan bellamente concebido como tierna y delicadamente desarrollado. En el corazón de la dulce, animosa y enamorada virgen ha puesto las fibras de su propio corazón el poeta. El padre Feliciano es asimismo un hermoso carácter; representa en este poema la misma nota dominante, sintética, digámoslo así, de todas las producciones del autor de *El Salmo de la vida* y de *¡Excelsior!* Por su boca es el mismo Longfellow quien habla, recomendando siempre la paz, la humanidad, la fe activa, la purificación por medio de los trabajos y el sufrimiento; predicando que la vida es un combate y su ley el *obrar*, sin rendirse al desalentado cobarde; diciendo, en fin, á la afligida, pero siempre fuerte Evangelina en medio de su inútil peregrinación: «Ama, obra y espera: como de la charca cenagosa suben los vapores al cielo, que los devuelve purificados en cristalina lluvia, así purifican el alma los dolores y los infortunios, que levantan el corazón á Dios.» — Algo tildaron sus protestantes compatriotas á Longfellow el haber atribuido carácter tan varonilmente heroico á un sacerdote católico; como también la plácida pintura que hace de las misiones jesuitas. Esto lo que prueba es que el poeta que no usurpa tal nombre, sabe

elevarse á las regiones serenas donde lo bello, lo bueno y lo verdadero se sustraen á las luchas de las pasiones y mezquindades de los hombres. Los demás caracteres, aunque con ménos encariñamiento trabajados, no por eso dejan de tener asimismo individualidad y relieve; pocos rasgos felices le bastan para ello al autor, que posee en este punto el secreto de los grandes escritores.

De tal modo con sus personajes nos hace conaturalizarnos y simpatizar desde luego, que la acción, tan sencilla desde su comienzo, nos interesa y conmueve y en ocasiones toca en lo patético, penetra profundamente y dulcemente nuestra alma. ¿Quién leerá con los ojos enjutos el último canto del poema? Se acaba la lectura con el corazón encogido, pero con el alma ensanchada, y los ojos turbios siguen, sin darse cuenta, la misma dirección de los ojos de Evangelina hacia lo alto.

El estilo del poema, su esplendoroso ropaje, es quizás su más seductor encanto. La vena poética del autor fluye siempre igual, fácil, llena de inspiración, de galanura y de primores. Las brillantes imágenes, los pensamientos profundos ó delicados, los rasgos felices, los elegantes giros, apénas se destacan en sus musicales hexámetros, porque toda su forma es de rico tisú sembrado de bellezas. No injustamente gozaba Longfellow reputación de gran estilista y literato al par que de gran poeta.

Érase, predominantemente, lírico, y con acierto ha podido decir el Sr. Gutierrez, que o reunía (reune porque si el autor ha muerto, sus obras viven y vivirán mientras haya gusto) en maravillosa síntesis el candor de Teófilo y la ligereza de Anacreonte, la urbanidad y buen sentido de Horacio y la dulzura y religiosidad de nuestro Fr. Luis de León; dotes que ninguna de las obras de Longfellow ostenta tan cumplidamente como EVANGELINA.

Véase, pues, si es meritoria la empresa acometida por el Sr. Izaguirre, de verter tan preciada joya literaria á nuestro idioma. Fué, luego de publicada, traducida á varias lenguas europeas: en Francia se han agotado en poco tiempo dos ediciones; la versión que ahora ofrece el Sr. Izaguirre es la primera que aparece en España. Por ello sólo debertansele plácemes, aun cuando hubiese salido de su difícil empeño ménos afortunadamente; mucho más cuando, ó mucho nos engañamos, ó ha de ser acogido su trabajo como digno del generoso entusiasmo que le movió á enriquecer, con la obra maestra del insigne poeta americano, la literatura nacional.

Ha sido buen acuerdo el de hacer su versión en fiel prosa. Á las traducciones que de las obras poéticas se intentan en verso, es á las que con toda exactitud conviene aquello de Cervantes de que son «tapices flamencos vistos por el revés». Aun de las en prosa dice el glorioso autor del *Quijote*, que por más cuidado que en ellas se ponga y más habilidad que muestren, jamás llegan al punto que los originales tienen en su primer nacimiento. Esto es sabido; pero si hay que desesperar de lograr un éxito imposible, á lo ménos muy estimable será llegar hasta donde lo grave del empeño permita.

Casi todo lo que el lector puede pretender de una traducción de un clásico extranjero, encontrarlo en ésta: conocimiento suficiente del extranjero idioma; estudio concluyente del autor vertido; correspondencia fiel, no sólo de las ideas y de los pensamientos, sino de las frases y aun de las palabras, si es posible; analogía en los giros y hasta en el movimiento de los períodos, mientras lo consiga la castiza; dominio, por consiguiente, del idioma propio. Tales condiciones debe reunir una traducción literaria. Sólo así el lector que no puede saborear las nativas bellezas de un original extraño, podrá gozar las más de sus primores y apreciar no sólo la forma esencial, sino algo también de la forma externa, del estilo, que no es cosa baladí cuando de un estilista se trata.

Traductores hay que, por afectación de castizos, sustituyen su propio estilo al del escritor que traducen. El Sr. Izaguirre quizás ha pecado por el extremo contrario. Otras hay que traducen *directamente* del inglés ó del alemán, y dejan asomar la punta de la oreja al galicismo demerizador del texto francés que les ha servido, por lo ménos, de auxiliar. En el trabajo del Sr. Izaguirre lo que se encontrará seguramente será algún anglicismo, por efecto de haberse ceñido con exageración al texto original. Pero esto mismo es una garantía de la fidelidad de su versión, y una prueba de que está hecha de primera mano. Los franceses, en todo muy liberales, suelen, al traducir, tomarse la libertad que les parece. Como elogio se dijo en su Academia, de la traducción de Platon por Cousin, que no lo había traducido, sino que lo había hecho francés. Yo prefiero el Platon de los *Diálogos soeráticos*, no há mucho vertidos por el profesor Sr. Longué, aunque se me quede un poco de griego. Y de este modo de pensar parece ser el señor Izaguirre: ha querido, ante todo, que EVANGELINA conserve su carácter, sin que lo desvirtuen alicios españoles ni mucho ménos franceses.

Yo espero que lo ha conseguido, y por ello le felicito de todas véras. El lector decidirá ahora si en este elogio tiene más parte la amistad que la justicia.

A. B. A.

EVANGELINA.

CUENTO DE ACADIA.

1847.

Esta es la selva primitiva. Los murmurantes pinos y las cicutas con sus barbas de musgo y sus vestiduras verdes, á la incierta luz del crepúsculo, semejan antiguos druidas de voces tristes y proféticas, semejan viejos barbos de luengas barbas sobre el pecho. Desde sus pedregosas cavernas la profunda voz del vecino Océano habla y con melancólico acento responde al lamento de la selva.

Esta es la selva primitiva; pero ¿dó están los corazones que bajo ella palpitaron como el corzo cuando

oye en la arboleda la voz del cazador? ¿Dónde la aldea con sus techos de paja, asilo de los labradores acadienses, de los hombres cuyas vidas se deslizaron cual los riachuelos que riegan las arboledas, oscurecidos por las sombras de la tierra, pero reflejando la imagen del cielo?

¡Aquellas agradables granjas yacen desoladas, y sus labradores han desaparecido para siempre! Esparcidos como el polvo y como las hojas, cuando las potentes ráfagas de Octubre las cogen, y haciéndolas girar en vaulo torbellino, salpican de ellas á lo lejos el mar.

Sólo la tradición queda de la preciosa aldea de Grau-Pré.

Vosotros, los que creéis en el afecto que espera y sufre y se resigna; vosotros, los que creéis en la hermosura y en la fortaleza del afecto de la mujer, escuchad la triste tradición que aun cantan los pinos de la selva; escuchad un cuento de amor de la Acadia, mansion de los felices.

PARTE PRIMERA.

I.

En la tierra acadiense, á orillas de la ensenada de Minas, apartada, escondida, tranquila, yacia en su feraz valle la pequeña aldea de Grau-Pré. Vastas praderas extendíanse hácia el Oeste, dando su nombre á la aldea y pasto á innumerables rebaños. Díques que las manos de los labradores levantaron con trabajo incesante, cerraban la entrada á las turbulentas mareas; pero no sin que en estaciones dadas se abriesen las compuertas ó invitasen al mar á esparcirse libremente por los prados. Al Oeste y al Sur habia campos de lino, y huertos y sembrados de trigo, que se extendían á lo lejos, sin cercas, por las llanuras. Allí, hácia el Norte, se levantaba Blondin con sus añosos bosques, y más allá, sobre las montañas, las brumas marinas sentaban sus tiendas y las neblinas del poderoso Atlántico contemplaban la feliz aldea, pero sin descender nunca de sus alturas.

Allí, en medio de sus granjas, descansaba la aldea acadiense. Sólidas eran sus casas, con armazones de encina y de castaño, como los aldeanos normandos construían en el reinado de los Enríques; techadas de paja, con babardas y mantos que avanzaban sobre la fachada protegiendo y dando sombra al portal. Allí, en las tranquilas tardes de verano, cuando la puerta del sol brillantemente alumbraba la calle y doraba los remates de las chimeneas, matronas y doncellas sentábanse á sus puertas con sus tocados de nitida blancura y sus capellinas rojas, azules ó verdes, hilando en sus ruecas el dorado lino para los charlatanes telares, cuyas bulliciosas lanzaderas desde adentro mezclaban su sonido al girar de los toros y á los cantos de las mozas.

Bajaba el párroco solemnemente la calle, y los niños suspendían sus juegos para besarle la mano que extendida los bendecía. Reverendo se paseaba entre todos, y matronas y doncellas se levantaban saludando su lenta aproximación con afectuosas palabras de bien-

venida. Luego llegaban del campo los trabajadores, y sereno el sol se hundía á buscar su descanso y prevalecía el crepúsculo. Presto del campanario suavemente resonaba el toque de oraciones, y sobre los techos de la aldea pálidas columnas de humo azul, como nubes

de incienso, alzábanse de cien hogares, mansiones de la paz y del contento.

Así juntos vivían en amor estos sencillos labradores acadienses. Vivían en el amor de Dios y del hombre. Libres al par del temor que reina con los tiranos



Evangelina.

y de la envidia que es el vicio de las repúblicas. Ni tenían cerraduras en sus puertas ni rejas en sus ventanas; sus habitaciones estaban abiertas como el día y los corazones de sus dueños. Allí el más rico era pobre y el más pobre vivía en la abundancia.

Algo apartado de la aldea y más próximo á la ensenada de Minas, Benito Bellefontaine, el labrador

más rico de Gran-Pré, vivía en sus buenas tierras, y con él, dirigiendo su casa, la gentil Evangelina, su hija, orgullo de la aldea. Fuerte y de aspecto noble era aquel hombre de setenta inviernos; vigoroso y sano, como roble cubierto de niveos copos, sus cabellos estaban blancos como la nieve y atezadas como hojas de encina sus mejillas. Hermosa era de ver la

doncella de diez y siete estíos. Sus ojos negros como la mora que crece en la zarza á orillas del cañino; negros, y sin embargo, ¡cuán dulcemente resplandecían bajo la parda sombra de sus trenzas! Suave su liento como el aliento de las vacas que pastaban en

sus prados. Cuando durante el calor de la siega llevaba á los segadores, al mediodía, los jarros de casera cerveza, ¡ah, qué hermosa estaba! Y más hermosa aún cuando el domingo por la mañana, mientras la campana sonaba en su torrecilla, rociando de santas



Llevaba á los segadores los jarros de cerveza.

notas el aire como el sacerdote con su hisopo rociaba á los fieles y distribuía sobre ellos sus bendiciones, bajaba ella la larga calle, con su rosario y su libro de misa, su tocado normando, su capellina azul y los zarcillos traídos de Francia tiempo atrás, y desde entonces transmitidos como legado de madres á hijas á través de largas generaciones. Pero un brillo celes-

tial, una belleza más etérea resplandecía en su cara y circundaba su sér, cuando despues de la confesion volvía serenamente á su casa, consigo llevando la bendicion del Altísimo. Por donde pasaba, luego que habia pasado, parecia que se echaba de ménos una música exquisita.

Firmente construida con vigas de roble, alzába-

se la casa del labrador en el costado de una colina que dominaba el mar; y un umbroso sicomora crecía á la puerta, con una madreesculpa enredada en su tronco. El portal, toscamente esculpido, con asientos debajo; un sendero conducía hasta él por entre un extenso huerto, y desaparecía en la pradera. Bajo el sicomora había colmenas resguardadas con un tejadillo, por el estilo de esos nichos que el viajero suele ver en apartadas regiones, á la orilla de los caminos, con un cepillo para los pobres ó una sacra imagen de María. Más abajo, en la pendiente del cerro, estaba el pozo con su cubo lleno de ova, amarrado con una cadena, y cerca de él una artesa para los caballos. Resguardando la casa de los vientos del Norte, estaban los graneros y el corral. Allí se veían los carros de anclas roedas y los viejos arados y las gradas; allí los vediles para el roboño; y allí en su plumífero serrallo, se contoneaba el majestuoso pájaro, y cacareaba el gallo con la misma idéntica voz con que en época remota despertó al arrepentido Pedro. Reventando del heno estaban los graneros, que hacían por sí solos una aldea. En cada uno, sobre los mantos del caballero, extendíase prolongándolos un segundo techo de paja, y una escalera que resguardada por el ancho alero, daba subida á la bien oliente panera. Allí también estaba el palomar, con sus dóceles é inocentes habitantes, siempre murmurando amor; mientras que arriba innumerables y bulliciosas velas chillaban cambiando de posición, según las varias brisas.

De este modo, en paz con Dios y con el mundo, vivía el labrador de Gran-Pré en su alegre granja, y Evangelina gobernaba su casa.

Más de un joven, cuando se arrodillaba en la iglesia y abría su libro, fijaba en ella la vista, como en el santo de su mayor devoción. ¡Feliz el que podía tocar su mano ó el borde de su vestido! Más de un galán llegó á su puerta á favor de la oscuridad, y cuando llamaba y aguzaba á oír el ruido de sus pasos, no sabía qué latía con más fuerza, si su corazón ó el aldabon de hierro; y en la alegre fiesta del santo patrono de la aldea, el más atrevido, apretaba su mano durante el baile, murmurándola apresurado palabras amorosas, que parecían parte de la música.

Pero entre todos los que se le acercaron, sólo fué bien acogido el joven Gabriel; Gabriel Lajenneese, hijo de Basilio el herrero, que era un personaje de nota en la aldea, estimado por todos, pues desde el principio del mundo, á través de edades y naciones, el arte del herrero ha sido siempre tenido en gran reputación por el pueblo. Basilio era amigo de Benito. Sus hijos, desde su más tierna infancia, crecieron juntos como hermano y hermana, y el Padre Feliciano, sacerdote y pedagogo al par de la aldea, les había enseñado las letras en el mismo libro, junto con los himnos de la iglesia y el canto llano. Luego que el himno se había cantado y la lección diaria terminaba, ligeros se dirigían á la fragua de Basilio. Allí se quedaban á la puerta, contemplándole con ojos maravillados al verle coger en su mandil de cuero el casco del caballo, como si fuera un juguete y clavar el clavo en su sitio; mientras que á su lado alguna llanta de algún carro yacía como fiera serpiente enrollada en

un círculo de brasas. Á menudo, en las tardes de otoño, cuando en el interior parecía como que el herrero irradiaba claridad á las sombras que le rodeaban por entre las calientes rendijas, según ellos atentamente el crujir de los fuelles, y cuando cesaba su ansiosa respiración, al apagarse las chispas entre las cenizas, divertíanse diciendo que eran monjitas que entraban en sus celdas. Á veces en el invierno, tan rápidos como el vuelo del águila, deslizándose en un tranco por la falda del monte, desaparecían sobre la pradera. Á veces en los graneros aparecían hasta los poblados nidos de las vigas, buscando con ávidos ojos aquella piedra portentosa que la golondrina trae de las costas del mar para devolver la vista á sus polluelos; ¡Dichoso el que encontraba aquella piedra en el nido de las golondrinas!

Así trascurrieron veloces unos cuantos años, y ya no eran niños. El era un arrogante mozo, de rostro, como la faz de la mañana que alegró la tierra con su luz y madura la idea en acción. Ella era ya una mujer, con el corazón y los ánimos de una mujer. «El sol de Santa Eulalia» la llamaban; porque ése era el sol que, según la creencia de los labradores, cargaba sus huertos de manzanas, y ella también traería al hogar de su esposo delicia y abundancia, llenándola de amor y de rubicundas caras infantiles.

II.

Ya había tornado la estación en que las noches se vuelven más frías y más largas, cuando el sol al retirarse entra en el signo del Escorpión. Las aves de paso surcaban el aire pesado, viniendo de las bahías septentrionales rodeadas de hielos, en busca de las costas de las islas del trópico. Las cosechas se habían recogido, y los árboles de la selva luchaban furiosamente con los vientos de Setiembre, como Jacob en lo antiguo con el Ángel. Todos los indicios presagaban un invierno largo é inclemente. Las abejas, con el instinto profético de la necesidad, habían almacenado su miel hasta desbordarse sus colmenas, y los cazadores indios aseguraban que el invierno sería frío, porque los picos de las zorras veían espesas.

Tal fue la entrada del otoño. A ésto siguió esa estación preciosa que los devotos aldeanos acalificados llaman el verano de Todos los Santos. El aire estaba inundado de una luz mágica y llena de ensueños, y el paisaje se ostentaba con toda la lozanía y frescura de la niñez recién creada. La paz parecía reinar sobre la tierra, y el corazón inquieto del Océano se había consolado por un momento. Todos los sonidos parecían mezclarse armoniosamente. Las voces de los niños jugando, el cantar de los gallos en los corrales, el revolotear de alas en el pesado aire y el arrullo de las tórtolas, todo era tan tranquilo y tan quedo como los murmullos del amor; el gran sol lanzaba miradas enamoradas á través de las doradas nubes que le rodeaban; y con sus trajes pardos, granas y amarillos, brillando con los fulgores del rocío, cada árbol resplandeciente de la selva despedía llamas como el plátano que el persa adorna con mantos y joyeles.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO, VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

BUQUE Á LA VISTA.

El 18 de Octubre de 1827, hacía las cinco de la tarde, una pequeña embarcación levantina ceñía el viento para poder llegar antes de anochecer á la entrada del golfo de Coron.

Este puerto, el antiguo *Cetylos* de Homero, está situado en una de las tres profundas hendiduras que cortan en el mar Jónico y en el mar Egeo aquella hoja de plátano, á la que se ha comparado con mucha exactitud la Grecia meridional. En la tal hoja se desarrolla el antiguo Peloponeso, la Marca de la geografía moderna. La primera de dichas escotaduras, al Oeste, forma el golfo de Coron, abierto entre la Mesenia y el Magno; la segunda es el golfo de Marathon que corta el litoral de la severa Laconia; la tercera es el golfo de Nauplia, cuyas aguas separan la Lacedonia de la Argolidia.

Al primero de esos tres golfos pertenece el puerto de Vitylo. Situado en el lido de su costa oriental en el fondo de una ensenada irregular, ocupa los primeros estribos marítimos del Taigeto, cuya prolongación orográfica forma el atrazon del país del Magno. La seguridad de sus fondeaderos, la orientación de sus pasos y las alturas que le dominan constituyen de él uno de los mejores puertos de refugio de una costa incesantemente azotada por todos los vientos de aquellos mares mediterráneos.

El barco que avanzaba contra una brisa bastante fresca del Norte-noroeste, no podía ser divisado desde los muelles de Vitylo, de los cuales le separaba una distancia de seis á siete millas. La atmósfera estaba muy clara, pero el pujamen de sus velas más altas apenas si se recortaba sobre el fondo luminoso del lejano horizonte.

Mas lo que no podía verse desde abajo se veía desde lo alto, es decir, desde las cumbres que dominan la población. Vitylo está edificado en forma de anfiteatro sobre abruptas rocas protegidas por la antigua acrópolis de Kelapha. Encima se levantan algunas antiguas torres arruinadas, de origen posterior á esos curiosos restos de Serápis, cuyas columnas y cuyos capiteles de orden jónico adornan todavía la iglesia de Vitylo. No lejos de aquellas torres se levantan dos ó tres capillitas poco frecuentadas, al cuidado de unos monjes.

Al llegar aquí conviene explicar algo de estas palabras «al cuidado» y de este sustantivo «monjes» aplicado á los cenobitas griegos de la costa mesénica. Uno de ellos, que acababa de abandonar su capilla,

va á ser juzgado tal como era.

En aquella época, y en Grecia, la religion consistía en una mezcla singular de las leyendas del paganismo y de las creencias del cristianismo. Muchos fieles consideraban á las diosas de la antigüedad como santas de la nueva religion. Aún ahora, como ha hecho observar M. Henry Belle, «amalgaman los semidioses con los santos, los duendos de los valles encantados con los ángeles del paraíso, invocando á las sirenas de igual modo que á las furias de la Panagia.» Esto produce ciertas prácticas extrañas que provocan la risa, y á veces una clerecía que se ve muy apurada para desenmarañar aquel caos poco ortodoxo.

Durante el primer cuarto de este siglo—hace cincuenta años, época en que comienza esta historia—el clero de la península helénica era más ignorante todavía, y los monjes, indolentes, sencillos y familiares, «buenos chicos», no parecían muy aptos para dirigir pueblos naturalmente supersticiosos.

¡Si no hubieran sido más que ignorantes! Pero en ciertas partes de Grecia, sobre todo en las regiones salvajes del Magno, mendigos por indole y por necesidad, tenaces pordioseros de dracmas que les arrojaban los viajeros caritativos, sin tener otra ocupacion más que dar á besar á los fieles alguna *lúdena* apócrifa ó alimentar la lámpara de un nicho donde se veneraba un santo, desesperados por los escasos rendimientos de los diezmos, de las confesiones, de los entierros y de los bautismos, aquellas pobres gentes, procedentes de las clases más infimas, no se desdaban de hacer el oficio de espías—¡qué espías!—por cuenta de los habitantes del litoral.

Los marinos de Vitylo, tendidos á la larga en el puerto como esos *lazzaroni* que necesitan varias horas para descansar del trabajo de algunos minutos, se levantaron en cuanto vieron á uno de los cenobitas que bajaba rápidamente hácia el pueblo, agitando los brazos.

Era un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, no solamente grueso, sino gordo, con esa gordura que produce la ociosidad, y cuya fisonomía astuta no podía inspirar más que una mediana confianza.

—¿Que hay, padre?—exclamó uno de los marinos corriendo hácia él.

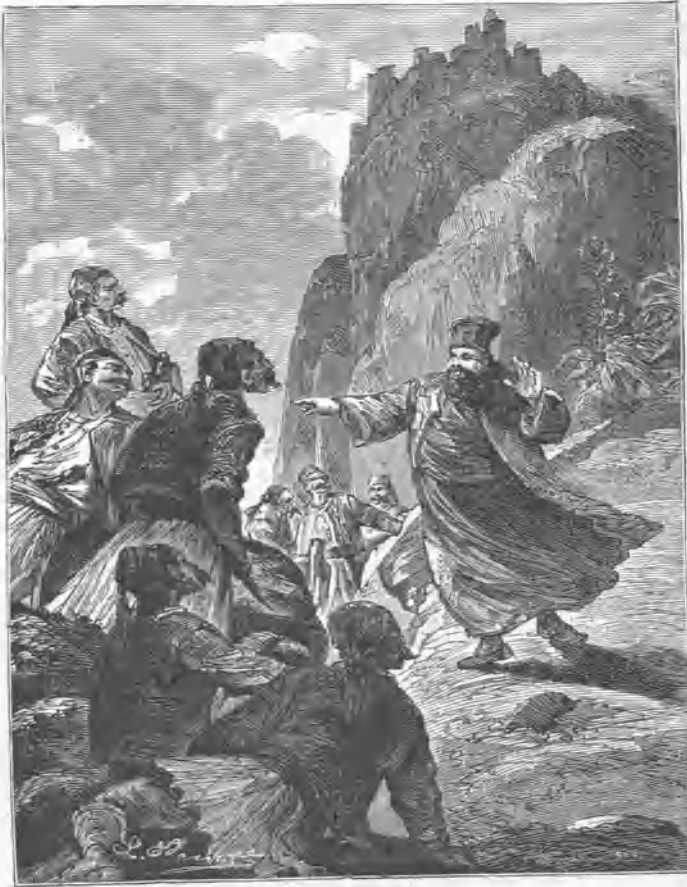
El vityliano hablaba con un tono gangoso capaz de hacer creer que Nason habia sido uno de los antepasados de los helenos, y en esa jerga en que el griego, el turco, el italiano y el albanes se mezclan como

si hubiese existido en tiempo de la torre de Babel.
—¿Acaso los soldados de Ibrahím han invadido las alturas del Taygeto?— preguntó otro marino haciendo un gesto de indiferencia que no daba muestras de patriotismo.

—¡Como no sean franceses, que son los que nos dan que hacer!— repuso el primer interlocutor.

—¡Esos triunfan!— replicó un tercero.

Esta respuesta indicaba que la lucha, en su período más terrible á la sazón, interesaba muy poco á los



—¿Que hay, padre?

indígenas del extremo Peloponeso, bien diferentes de los maniotas del Norte, que escribieron con tanta brillantez su guerra de la independencia.

Pero el obeso cenobita no podía replicar ni á uno ni á otro. Estaba sofocado de bajar las rápidas pendientes del derrumbadero. Su pecho de asmático se levantaba con fuerza. Quería hablar y no podía. Al ménos, uno de sus antepasados de la Hellada, el soldado de Marathon, ántes de caer muerto pudo anunciar la victoria de Milciádes. Pero ya no se trataba de Milciádes ni de la guerra de los atenienses y de los persas. Sólo existían los griegos, esos feroces habitantes de la extremidad del Magno.

—¡Ea, padre, habla!— gritó un marino anciano llamado Gozzo, más impaciente que los demas, como

si hubiera adivinado lo que acababa de anunciar el cenobita.

Éste recobró, por fin, alientos. En seguida extendió la mano hácia el horizonte y dijo:

—¡Buque á la vista!

Al oír aquellas palabras todos los holgazanes se levantaron, aplaudieron y se encaminaron á una roca que dominaba el puerto. Desde allí abarcaban sus miradas un gran sector del horizonte marítimo.

Un extranjero hubiera creído que aquel movimiento obedecía al interés que todo buque al arribar debía producir, naturalmente, á los marinos fanáticos por las cosas del mar. No había nada de eso; mejor dicho, una cuestión de interés era lo único que podía conmo-

ver á aquellas gentes, y eso bajo un punto de vista completamente especial.

En efecto, cuando escribimos —no cuando se des-

arrollaba esta historia—el Magno es todavía un país aparte en medio de Grecia, convertido en reino independiente por voluntad de las potencias europeas fir-



MAPA DE GRECIA

mantes del tratado de Andrinópolis en 1829. Los maniotas, ó al menos los de tal nombre que viven en las puntas situadas entre los golfos, se encuentran en

estado semibárbaro, más celosos de su libertad propia que de la de su país. Por esta razón, aquella parte extrema de la Morea inferior ha sido siempre

casti imposible de reducir. Ni los genizaros turcos, ni los geudarmes griegos, han podido dar cuenta de ella. Pendencieros y vengativos, se transmiten, como los

corsos, ódios de familia que no pueden extinguirse más que con la sangre; ladrones por naturaleza y, no obstante, hospitalarios; asesinos, cuando el robo hace



Y EL ARCHIPIÉLAGO.

preciso el asesinato, aquellos rudos montañeses se llaman descendientes de los espartanos; pero encerrados en las ramificaciones del Taygeto, donde se encuentran á millares esas pequeñas ciudadelas ó pyr-

gos casi inaccesibles, desempeñan de muy buen grado el papel equivoco de los señores feudales de la Edad Media, cuyos derechos feudales ejercitaban á puñaladas y á tiros. (Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

Prólogo asistido de aventuras oceánicas. — El parisense Frisquet y su taurinero Pierre le Gall. — Malas razones de un Excelencia tronado. — El Monte-Carlo del extremo Oriente. — Gran exhibición de figurines. — Lo que se conoce con el nombre de *Macao*. — Jugadores de todas clases robados por igual modo. — Un batiquero sexagenario y de venerable aspecto cuyas uñas desmesuradamente largas no le impiden hacer trampus. — Rifa en un garito. — Los mercaderes de carne humana y la trata de amarillos. — *El Barroco*. — *El Lao-Tséu*. — Tripulación abigarrada y oficiales despreocupados. — Falso rumbo. — Dos francesas en el pañol del contamestre.

— ¿De modo que os negais á pagarme?

— No, señor, no me niego, os suplico que me perdoneis. No estoy en fondos.... por ahora.

— Para el caso es lo mismo.

— Ya sabéis, señor, que aquí, como en vuestra gloriosa patria, las deudas de juego son sagradas.

— ¡Hum!.... sagradas.... eso depende de la sociedad en que uno se encuentra.... y la vuestra me parece bastante abigarrada.

— Os da su palabra don Bartholomeo de Monte.... Nadie duda en Macao de la palabra de don Bartholomeo de Monte.

— ¡Bah!.... un tratante en hombres.

— Vuestra Excelencia querrá decir, sin duda, un agente de emigración autorizado por su muy graciosa majestad.

— Mi Excelencia quiere decir lo que la conviene, aun cuando no esté de acuerdo con la vuestra. Si mis palabras os enojan, lo siento. Empiezo á perder la paciencia al cabo de quince días de aburrimiento en vuestra infierno de tratantes.

— Pero, señor....

— Acabemos, si os place. Ya estoy cansado de vuestras fórmulas melosas, de vuestra cortesía hipócrita, de vuestra exótica charla y de vuestras inabarcables Excelencias. Lo que vos sois es un ratero vulgar. Hace poco que os he visto perfectamente recoger algunos puñados de monedas de cuatro luises y de doblones, los cuales han pasado en seguida á uno de vuestros acólitos que echó á correr al punto.

— ¡Un ratero!.... Vuestra Excelencia ha dicho un ratero....

— Sí, un ratero. La apuesta y la ganancia me importan poco. No soy jugador. Pero no quiero que un miserable monote de color de chocolate destefido, pretenda burlarse de mí.

— De buen grado perdonaría á vuestra juventud y á vuestra inexperiencia ese epíteto de ratero lanzado á la ligera.... Pero las últimas palabras que van encaminadas á desacreditar mis cualidades físicas, exi-

gen una reparación. Mañana os mataré, señor, en duelo leal. Mañana al amanecer sentiréis todo el peso de la cólera de don Bartholomeo de Monte. Que la sangre de Vuestra Excelencia caiga sobre vuestra propia cabeza.

Una estrepitosa carcajada que salió de boca del primer interlocutor puso término al diálogo sostenido por una parte en legitimo francés de París, y por la otra en una gerigonza extraña, aunque bastante inteligible de portugues, frances y español.

Cuando dejó de reir y conteniendo las alegres sacudidas de risa, que á pesar suyo le acometían, repuso:

— Á fe mía que está en disposición de echarle en la chocolatera. Si tomase en serio su cartel de desafío, no tendría más que presentarme mañana en el punto de cita con un barabé de cinco pies, para hacerle huir á él y á sus ayudantes.

— Es verdad — murmuró una voz en inglés — si él no os asesina esta noche.

El joven, sabemos que lo es, se estremeció ligeramente dirigiendo una mirada penetrante sobre su adversario que seguía impassible.

— Si yo lo hubiera sabido.... debía haberle roto una pierna hace un momento.... Pero ¡bah! No se atreve — terminó con una indolencia completamente francesa.

— No olvidéis — continuó la voz — que estamos en Macao en medio de gentes sin aprension, de traficantes en carne humana, para los cuales la vida de un hombre es tan indiferente como la de un pato.

— Señor — repuso con galantería el joven — permitidme que os dé las gracias. Sucedá lo que quiera, contad siempre con mi agradecimiento. Estaré prevenido.

Luégo se volvió hácia su deudor insolente, y le dijo en tono zumbón:

— Conformes. Mi Excelencia tendrá el honor de cortarse la garganta con la vuestra.... con la Excelencia, no con la garganta. Es, me confundo. Seamos dignos, si es posible, como ese hidalgo de badana.

Este, que mientras duró el coloquio habia permanecido junto á un espadon inmenso, uno de esos gloriosos restos de los tiempos heroicos, que todavía se ven en nuestros museos, se inclinó ceremoniosamente disponiéndose á tomar asiento en una mesa de juego.

— Á propósito — dijo con sorna el joven frances — ¿quereis cortar con ese instrumento el hilo de mi existencia? Es un gran suble....

— Es la noble espada del gran Camoëns.

— ¡Cómo! ¿Una más?.... Ya me han ofrecido más de seis de la misma procedencia.... Bien mirado, tant-

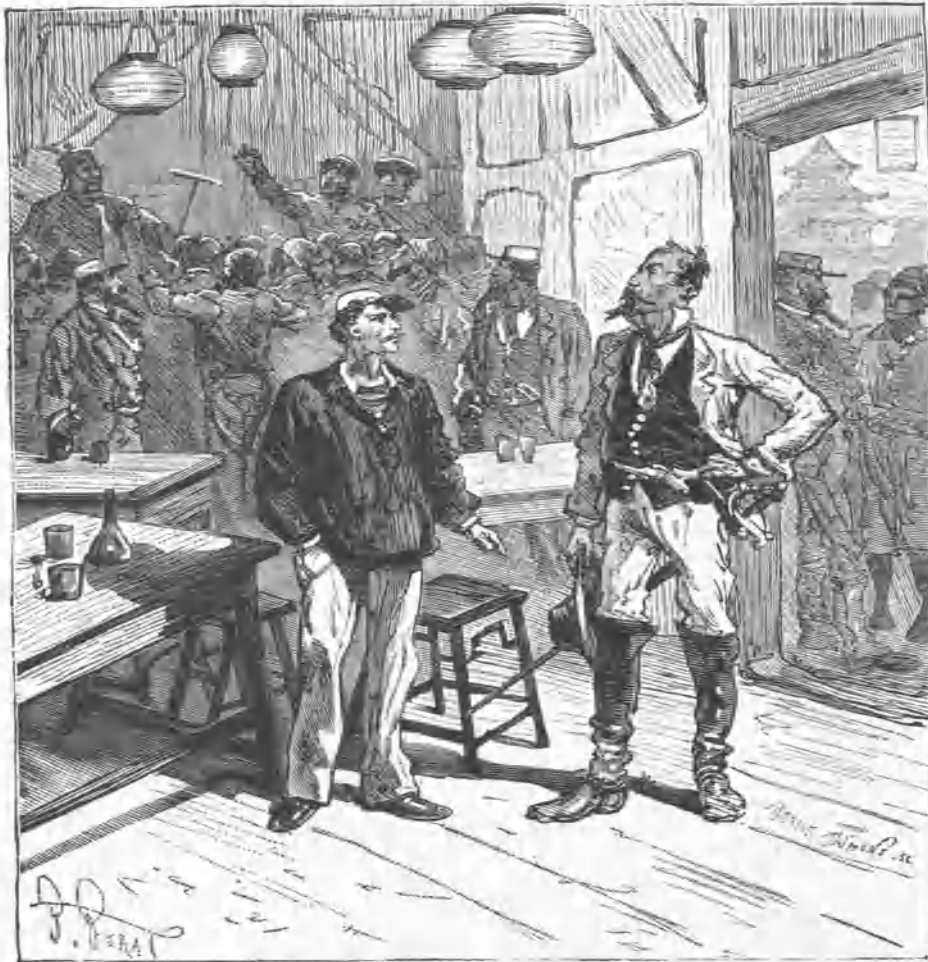
bien nosotros tenemos el bastón del señor de Voltaire.

— Está bien, señor. Trataremos de hacer una aguja de mechar por el modelo de la vuestra.

El francés permaneció un momento pensativo viendo cojear á su interlocutor, que se alejaba arrastrando su espadao mónstruo, con gran ruido de hierro viejo.

Era un jóven que podria parecer un niño si no fuera por la audaz expresion de sus ojos grises que iluminaban con dos rayos luminosos su rostro pálido aunque animado. Tenia la boca sonriente casi siempre y á veces burlona, y aparentaba contar, cuando más, unos veinte años.

Su estatura alcanzaria á un metro sesenta centime-



¿Queréis cortar con ese instrumento e hilo de mi existencia?

tros, de cuya medida no queria disminuir ni una pulgada, sacando, para conseguirlo, el pecho, é irguiéndose como un gallo jóven sobre sus piernas rodeadas por un ancho pantalon de marinero. Llevaba una chaqueta de franela color azul marino y una gorra americana de charol, por debajo de la cual se escapaban los rizos de su cabellera rubia. Vestido de este modo era difícil atribuirle una posicion social, y ninguna de las muchas personas que iban y venian se ocupaba de él, que, con aire completamente satisfecho,

se retorcia el incipiente bigote y se desabrochaba el cuello de su camisa de lana para refrescarse dejando ver un cuello de atleta, en el cual se veian músculos enormes hasta la deformidad.

Aquel hombrecito, que pesaría unas cien libras, debia ser un mozo de mucha fuerza.

Aun le duraba la risa producida por su altercado con don Bartholomeo do Monte, cuando de pronto una mano pesada cayó sobre su hombro con delicadeza digna de un paquidermo.

—¿En qué piensas, marinero?— preguntó en tono alegre una voz ronca.

—¡Hola, eres tú, mi viejo Pierre!

—Yo mismo, hijo mío.

—¿Cómo te has compuesto para descubrirme aquí?

—Muy fácilmente. Cuando vi que te dirigías á esta condenada zahurda me dije: Friquet no ha puesto el pié jamás en casa de esos mamarrachos con mirriñaques de seda y vientres de foca. No conoce á esos picaros portugueses que se entienden con ellos como piratas en mercado. Entonces, y temiendo que sufrieras alguna avería en el casco, me he puesto en caza á toda vela. Después de haber dado algunas bordadas por estas callejuelas, he venido á echar el ancla en este chiribitil-endeuaniado, que huele á chotuno, como la cala de un barco negrero.

—¡Mi buen amigo Pierre!— dijo Friquet con voz conmovida— siempre eres el mismo. De cerca y de lejos no descansas para velar por mí. Tu antigua amistad....

—¡Teaterías, marinero! Yo soy quien más tiene que agradecer, no una vez sino ciento. Sin contar el día en que nos conocimos allá, en el Ecuador, en África, entre bocas de caimanes y mandíbulas de antropófagos. Ya lo sabes, hijo mío, soy tu marinero. Estamos unidos á vida y muerte desde que mi difunto marinero, el pobre Ivon tuvo la humorada de beberse la taza grande.... verdadera muerte de marino; ¡caramba! Desde entonces, cuando reina viento de tempestad ó graniza, amarro velas, tomo un rizo á la gavia y, si es preciso, navego á palo seco.... En cuanto suena el toque de zafarrancho pongo las piezas en batería.... ¡Fuego á discreción!.... ¡Á pique!.... Mejor están dos que uno; ésta es mi opinión.

El jóven se sonreía y continuaba pensativo.

—Esto te hace reír, hijo mío. Ya sé que estás aparejado y dispuesto como un crucero de segunda clase, que tu cuerpo es de plancha de acero, sólido como un cañón de veintinueve, y que así te preocupas de esas truchuelas, como una ballena de una sardina.

Friquet seguía sonriéndose.

—Nadie creerá— continuó Pedro con esa locuacidad particular en los marinos, generalmente sobrios de palabras, pero que una vez lanzados no pueden contenerse—nadie creerá que ese esfuerzo vale por diez hombres, y que me echaría á pique de un golpe de tajamar, á mí, un viejo cachalote, á Pierre le Gall, nacido en Conquet como todo el mundo.

Pierre le Gall se calumniaba. Era imposible soñar un vigor semejante al que parecía poseer aquel lobo de mar. No tenía más estatura que Friquet; pero era tan ancho como alto, cuadrado de espaldas, con el pecho que hacía saltar los botones de su chaqueta, los puños tan gruesos como la cabeza de un niño, las piernas arqueadas, enormes: reunía el recién llegado condiciones tales, que más valía tenerle por amigo que por enemigo.

Pero sobre aquel cuerpo de bisonte veíase una cara ruda y franca, una de esas verdaderas caras de marinero, con ojos claros dominados por cejas en forma de acento circunflejo, mejillas curtidas por los

aíres de todos los océanos y por los soles de ambos hemisferios, rodeadas por esa maleza espesísima de la sota-barba tan estimada entre la gente de mar; en una palabra, Pierre le Gall, con su bamboleo característico, con su aspecto de marino en tierra, era el tipo acabado de un marinero de pura sangre.

—Pero ¿no dice nada, hijo mío?— preguntó á su jóven compañero.

Éste le puso en dos palabras al corriente de su aventura, y añadió:

—Pensaba que nosotros, que hemos visto un poco de todos los países, que hemos andado por mar y por tierra, en barco, á pié, á caballo, en elefante y en palanquin, tenemos aquí un espectáculo tan curioso como inesperado. ¿Ves ese engendro con quien he altercado ahora mismo? Pues bien, desciende de una raza grande y poderosa. Ese monigoto, con piernas de podenco, con la cara timada que desaparece en ese grotesco cuello postizo, ese mamarracho pretencioso, ese cruzamiento de portugués y de chino, con mezcla de negro, de indio y de malayo, tiene por antepasados á héroes como Albuquerque, Bartolomé Díaz ó Vasco de Gama. Ese vegetal como una planta perjudicial en esta atmósfera, doblemente viciada por los asiáticos y los europeos; ese adora á Budas de cuatro cabezas y ocho brazos que llama San Jerónimo ó San Juan; eso honra en seguida al diablo en todas sus encarnaciones, y, por último, eso vende hombres. Supersticioso, cobardía, infamia, hé aquí en tres palabras la filiación moral de la mayor parte de los Bartholomeos de Monte de Macao.

El marinero escuchaba con la boca abierta el atarunque oratorio de su compañero. Parecía como si la admiración le hubiera cortado la palabra.

—¿Sabes, marinero—dijo al cabo, con una especie de respeto que por su excesiva convicción llegaba hasta lo cómico—sabes que te has hecho un sabio en los dos años que has permanecido en tierra!... Sabio como un médico de primera clase, sí. ¡Truenos y rayos!

—¿Qué quieres, mi viejo marino! He trabajado.... he aprovechado cuanto he podido. ¡Ah!; Si la desgracia no hubiera caído sobre el señor Andres!

—Un valiente y un buen marino.

—El maestro de todos, Pierre le Gall—añadió Friquet respetuosamente.—Tan cierto como tú eres mi marinero y yo te estimo como á un hermano. Sin ese golpe yo trabajaría para instruirme, en vez de venir aquí en un mal barco á buscar chinos para nuestra explotación.

—Éstos, al menos, una vez arrancados de las manos de los mercaderes de carne humana, serán felices con nosotros.

—Sin duda. Ya conoces la consigna de los *Plantadores-Viajeros* de Sumatra: adquirir aquí esos pobres diablos á quienes los tratantes asimilan al ganado, llevarlos allí y convertirlos, no en esclavos, sino en auxiliares, pagándoles liberalmente ó interesándoles en los beneficios.

—Si supiesen la suerte que les aguarda entre nosotros, no se resistirían tanto para marchar, ¿no es cierto?

— Así es. La mayor parte conoce al infierno de las minas de guano y los odiosos tratos á que están sometidos los emigrantes. Para una docena que de vez en cuando vuelve con un pequeño ahorro, centenares no regresan sino encerrados en su ataud y conducidos en el «barco de los muertos» (1).

— En fin, todo está dispuesto y preparado para hacernos á la mar.

— Zarparemos mañana temprano.... en cuanto termine el asunto pendiente con el monigote de chocolate.

— Si tomásemos el largo, no tendrías nada que hacer en ese garito.

— Dos palabras solamente á uno de esos jugadores rabiosos, y soy contigo en seguida.

El joven se interesó por la masa de concurrentes, dejando á su amigo en contemplación ante un espectáculo tan inesperado como original. Bajo una increíble profusión de hermosos faroles multicolores colgados del techo y formando caprichosos dibujos, se agitaba una multitud de mamarrachos de todas edades, de todas estaturas y de todas razas. Aquellas figuras de mampara uniformemente metidas en batas de lustrosa seda, muchas veces llenas de grasa, abandonaban las mesas donde comían en una infinidad de vasijas microscópicas los productos inverosímiles del arte culinario chino, y se dirigían, riéndose como idiotas embrutecidos por el opio, á colocar sus barriñas á lo largo de las mesas de juego.

Se jugaba un *macao* muy tirado. El *macao*, juego bastante conocido en Francia, se juega entre un banquero y un número indefinido de puntos, con una ó varias manos enteras. El banquero entrega á cada jugador una carta, que pungen otro debe ver. En seguida dice cada punto: «Me planteo, ó á Carta y, según que su naipes se aproxime más ó menos al nueve. Esta carta, y una segunda si es preciso, se dan descubiertas. Si pasa tiene que pagar á cada jugador que no ha pasado una cantidad igual á la puesta de éste, y recibe, por el contrario, la puesta de cada punto cuyo número es inferior al suyo. Cuando un jugador tiene nueve á la primera vez, descubre su juego y el banquero le paga el triple de su puesta. Cada ocho y cada siete se paga el duplo ó otro tanto que la puesta.

Muchos negociantes ricos, oriundos de la China Meridional, de la isla de Hai-nan, del Kuan-Tung, del Fu-Kian, y aun del Kian-Si, del Yu-Nan y del Kei-Yang, acudían al infierno portugués para satisfacer su proverbial pasión por el juego. Macao es, en efecto, el Monte-Carlo del extremo Oriente, y el único punto donde se toleran los juegos, porque el hijo del Celeste Imperio tiene buen cuidado de proscribirlos rigurosamente de sus Estados por medio de

disposiciones que, en verdad, nada tienen de platónicas.

En medio del elemento chino que dominaba, movíanse, grotescamente compuestos á la europea, tíznados como traidores de melodrama, é invariablemente armados á la enorme espada del autor de las *Luziadas*, dos ó tres docenas de don Bartholomé de Monte, además algunos verdaderos portugueses de Europa, con sus brillantes uniformes de agregados al Gobierno, y, por último, algunos americanos con sus barbas de macho cabrío, espaldas cuadradas y voz ruda, enroquecida por el abuso del whisky, oficiales en su mayor parte de los buques destinados al transporte de colles.

Un banquero sexagenario, de blanca trenza, enormes anteojos, labios caídos, perilla de cuatro pelos y uñas desmesuradamente largas, distribuía con ágil mano las cartas, que no tardaban en ponerse graciosas como el cuello de la casaca de un alguacil. Mientras su cabeza se mecía de derecha á izquierda, de izquierda á derecha y de arriba á abajo, miraba á través de sus portaincens y con ojos de codicia los montones de billetes de Banco, las pilas de libras esterlinas ó de pesos fuertes, sin despreciar los taels y los humildes sapoques, cada uno de los cuales vale 6 céntimos 183 milésimas de franco.

Entregado completamente á su faena, y sin perder un átomo de su gravedad cariestreña, aquel mamarracho lanzaba con una mano la puesta doblada ó triplicada de los puntos afortunados, y con la otra recogía por medio de un rastrillo de marfil las posturas que la fortuna le otorgaba. Imperturbable en medio de la batahola producida por los sonidos gangosos de los chinos, que recordaban el ruido de una porción de campanas resquebrajadas, amontonaba con avidex sus ganancias lleno de insolente regocijo, tan insolente, que un capitán americano, viendo cómo se vaciaba su largo bolsillo de seda, acabó por donde debía haber comenzado, y se dedicó á vigilar atentamente las maniobras del patriarcal jugador. Al cabo de una hora de exámen cuidadoso, el compatriota de *Medio-de-Cuero* descubrió lo que quería, y moviéndose muy despacio, sin apresuramiento y sin ruido, como si persiguiera á un bisonte á través de Far-West, llegó á colocarse detrás del banquero.

— ¡Tunante!..... ¡Traposo!..... ¡Perro!..... ¡Ladron!..... gritó con voz tan estentórea, que hizo callar á todos cuantos chillaban. Luègo, cogiendo con una mano, cortada por el contacto de las cuerdas embreadas, la trenza de pelo del banquero, dióle tal sacudida que le arrancó brutalemente de su silla, arrojándole de espaldas contra el suelo y sin hacer caso de sus desesperados gullidos, sacó el americano su navaja y cortó de arriba á abajo las tres ó cuatro tunicas superpuestas que envolvían los miembros cubiertos de grasa del hijo del Celeste Imperio.

¡Oh prodigio! Centenares de siete, ocho y nueve cayeron formando cascadas de los pliegues de la tela, que crujía al ser rasgada por el acero, y sembraron el suelo con gran escándalo de los jugadores, que hasta entonces habían concedido al viejo un privilegio exclusivo de honradez.

(1) Una cláusula del contrato de los colles chinos estipula que el contratista debe volverlos á su patria vivos ó muertos. El «celestia» y, como dicen los ingleses, quiere descansar en la tierra de su padre. En épocas determinadas los barcos toman en los lugares de inmigración los atones de esas desdichadas víctimas de un trabajo inhumano, y los conducen á China. Esta costumbre ha dado ocasión frecuentemente á un contrabando muy activo. Gran número de atones encoraban géneros sometidos á las tarifas aduaneras, y pasaban sin obstáculo ante las autoridades, que creían no había en ellos más que su légitima carga.

Aquel acto de sumaria, aunque tardía justicia, fué seguido en breve de un tumulto, cuya intensidad no sería fácil describir y de la que se aprovecharon sin pérdida de momento todos los don Bartholomeo do Monte para arrojarse desvergonzadamente sobre las posturas, todos menos uno, el tipo de la especie; pues Friquet, que contemplaba como alucinado aquella escena, sintió un dolor agudo en el hombro derecho. Volvióse de pronto y se encontró frente á frente con su adversario, el cual levantaba su cuchillo buscando un sitio donde descargarlo de nuevo.

El puño del tunante quedó cogido entre los cinco dedos del jóven, que le oprimieron como con unas tenazas. El mulato, al sentir que crujían sus articulaciones á impulsos de aquella irresistible trituncion, empezó á aullar.

— ¡Perdon!.... ¡Senhor!.... ¡Carai! me rompió el brazo.

— ¡Tunante! — gritaba Friquet. — ¿No te basta el haberme robado cuando hace un momento ocupabas el sitio de ese viejo tramposo y querias ahora asesinarme?

— ¡Perdon!... apenas os he tocado, ¡Un chino... al caer... ha desviado el golpe... y os he herido muy poco... perdon!

La agudeza de este razonamiento desarmó al jóven, el cual abrió sus dedos.

— Miserable macaco — continuó medio sonriente, medio enfadado — podría aplastarte el hocico de una patada ó clavarte en la pared como á un lobo... pero me contentaré con desarmarte... ¡Ea!... venga tu cuchillo, tu espada y lárgate más pronto que la vista.

— No haces bien, marinero — interrumpió Pierre le Gall, que se acercaba en aquel momento apartando á derecha é izquierda los abultados vientres de los puntos que gritaban como grillos. — En fin, si te empeñas hasta, prepárate para virar. Se trata de madrugár mañana. ¿Te han hecho una herida grave?

— No es más que un arañazo.

— Más vale así.

Los dos amigos salieron de la casa de juego, en la cual seguía reinando el escándalo, y procuraron llegar á su alojamiento calificado con demasiado desprecio de *sakizami* por Pierre le Gall.

Á la verdad, no era fácil el orientarse en medio de aquella emmarañada red de callejuelas, empinadas, estrechas y oscuras como las galerías del alcantarillado, que se deslizan entre enormes casas de piedra, con ventanas provistas de rejas como puertas de cárcel, y serpentean sobre cornisas practicadas en la roca por las faldas de las ocho ó diez montañas en donde se hallan construidos los fuertes de San Francisco, Barra, San Jerónimo de la Guía, San Paulo de Monte, Bom Parto, San Joao, etc. Macao, fundada en 1557 por los portugueses después del descubrimiento de la ría de Canton en 1516, hecho por Perostrello, está situada en la extremidad de la península del mismo nombre, tiene 125.000 habitantes chinos y 2.500 portugueses. La ciudad portuguesa, admirablemente fortificada, rodeada de baluartes y erizada de cañones, está separada de la ciudad china por una sólida muralla que custodian soldados europeos, y que es im-

posible pasar de noche sin dar la consigna. Como nuestros dos compañeros no llevaban guías vagaron durante mucho tiempo por las sombrías enrejadas, en las que pululaban de noche los ladrones, quienes les hubieran dado algún disgusto, á no haber sido por la firmeza de su actitud, y gracias á la inmensa tizona de don Bartholomeo, que Friquet manejaba, riéndose como un loco, con toda la destreza de un consumado espadachín.

En vano agobó Pierre le Gall todas las fórmulas de su vocabulario náutico, y Friquet se rompió la cabeza para poner la proa al *sakizami*. Al cabo de un rato les pareció escuchar la voz cascada del mulato portugués que conversaba con un hombre de ronca voz.

— No me gusta ese medio — gruñía la voz — tengo uno mejor....

Significaron andando y creyeron distinguir los contornos macizos del capitán americano, que desapareció en las tinieblas. En una palabra, trascurrió toda la noche en vanas pesquisas, hasta que la casualidad los condujo al Monte, en donde están las *Barracomas* ó depósitos de emigración china. Su fonda se encontraba en frente, cerca de las ruinas del antiguo convento de jesuitas.

El primer ser humano que descubrieron fué el endiablado portugués. Salía del Barracón y llevaba un talego lleno y sujeto con discos metálicos.

Con un desaire, en el que no se sabía qué admirar más, si lo odioso ó lo ridículo, el tunante se acercó á Friquet para pedirle noticias acerca de la preciosa salud de Su Excelencia, y luego, tranquilizado sin duda por las afirmaciones del jóven francés, se alejó muy despacio haciendo muecas y sonriéndose.

— Adios, senhor, adios, dignaos perdonarme. Creo que no olvidaréis nunca nuestro encuentro con don Bartholomeo do Monte.

Pierre le Gall y Friquet entraban en aquel momento en casa de un tratante de hombres. Aquel depósito, donde se ajusta el ganado, carece del repugnante aspecto que acaso se le atribuya. Pierre le Gall, que es un hombre que lo entiende, asegura que con sus maderas finas, con sus muebles de caoba, con sus flores y con sus adornos, es tan bonito y confortable como un salon de primera clase de un vapor trasatlántico.

Peró aquellas puertas de caoba maciza se abren y dan paso á corredores donde los pobres diablos que esperen el momento de la marcha se hallan amontonados, comidos por las pulgas, flacos y pálidos á causa de las enfermedades y las privaciones.

Prisioneros de guerra en las provincias de la China meridional, ó pescadores de la costa robados por los piratas, son vendidos á los «tratantes en hombres» que tienen emisarios y agentes en el litoral. Forman una tercera parte del contingente anual de emigrantes, otra está constituida por los desgraciados que se mueren de hambre en sus países y á quienes atraen los reclamos engañosos que cantan las marrillas de aquel Eldorado que se llama islas Chinchas. Para encontrar la última tercera parte, los contratistas chinos, y digámoslo para vergüenza de la sociedad, los europeos se ponen de acuerdo á fin de llevar gratis á

Las casas de juego, consentidas oficialmente, millares de jugadores que van á probar fortuna. ¿Qué sucede? Que de ciento, noventa se arruinan en pocos días. Sus acompañantes les prestan dinero, les dan de comer, y luego, cuando llega la hora funesta del vencimiento, pertenecen en absoluto á esos usureros de la sangre, autorizados por las leyes portuguesas para verificar algo, así como un embargo de cuerpos.

Es verdad que el gobierno portugués, animado de excelentes intenciones, inspecciona estos llamados contratos libres y proenra, en cuanto le es posible, mejorar la suerte de los emigrantes. Pero ¿pueda pedir un certificado de origen á esos infortunados deudores de los agentes que reciben de treinta á cincuenta francos por cabeza? Y cuando el *procurador* fuese á preguntarles si parten de buen grado, ¿no podrían responderle sí, con tal de no volver á caer en manos de enganchadores y de mandarinés comprados? Saben que si se niegan á marchar, aquella implacable trilogía de verdugos, es á saber: agentes subalternos, comisionistas y mandarinés, los atormentarán hasta que pronuncien el «Si» fatal.

Si los diez mil chinos que salen de Macao para el Callao, y los cinco mil que igualmente se expiden para la Habana, son tratados de una manera inhumana por sus amos, en cambio, apresurémonos á decirlo, los colonos franceses de Guayana, de las Antillas y de Cochinchina se conducen con tanta dulzura, que los colies marchan gustosos sabiendo que van á servir á los franceses. Por desgracia, es una infima minoría la que se dirige hácia nuestras posesiones.

Como ántes hemos dicho, Pierre le Gall y Friquet, delegados por una Sociedad francesa domiciliada en Sumatra, habían ido á Macao para buscar unos cien trabajadores. Ya se ha visto de qué modo se proponían tratar á los que su buena fortuna les deparase.

El buque que debía trasportar á los emigrantes era una embarcación mixta de ochocientos toneladas, de madera, de tres palos y provista de una máquina de ciento veinte caballos. Había sido construida en América; pero por delicada atención, su armador la bautizó con un nombre chino, el *Lao-Tseu*. Además, su capitán había hecho pintar en la proa un ojo enorme, igual al que llevan los juncos chinos para conjurar á los malos espíritus. Esta atención por partida doble se limitaba á aquel platónico nombre y á aquel no ménos platónico símbolo.

Los dos franceses habían cumplido todas las formalidades relativas á la toma de posesión y al embarque de los trabajadores. El tratante, quien, dicho sea de paso, ha entregado ya cincuenta francos por cabeza de chino á su corredor y trescientos al enganchador, presentó sus cofres ante el *procurador* portugués. El juez colonial había preguntado á cada uno en particular si partían voluntariamente, *si ó no*. La mayor parte de los que en interrogatorios precedentes habían respondido *no*, se apresuraron á decir *si* para librarse de los ignominiosos tratos de los amos de los barracones. No es raro que de cada quinientos chinos interrogados por el procurador, más de ciento se nieguen al principio á partir. Pero ¡ay! después

de vivir durante algun tiempo en los depósitos, los tratantes saben ponerles muy blandos.

Los colies que han consentido en marchar son llevados de nuevo al barracón, donde permanecen una semana, al cabo de la cual el procurador les hace la misma pregunta. Algunos vacilan todavía, y esperan á pesar de la suerte que les está reservada. El *si* de los otros es ya irrevocable. El cargamento humano está estivado, el buque levará anclas al amanecer del día siguiente, y el contrato se firma ante el procurador. Este documento se redacta en chino y en portugués; firmanle los chinos contratados, y le certifican el procurador del Rey y el cónsul de España. Hé aquí el formulario:

«Yo, fulano de tal, nacido en... el año.... me comprometo á trabajar doce horas diarias (el número de horas de trabajo para las colonias francesas no es más que de siete) durante *ocho años* al servicio del poseedor de este contrato. Me comprometo también á renunciar á toda libertad por igual tiempo.

»Mi contratista se compromete á alimentarme, á darme cuatro duros al mes y á dejarme libre el día en que espire el plazo que en este contrato se fija.»

Generalmente, el precio de un chino, hablaremos en el estilo de los tratantes, puesto en el Callao, en Cuba ó en las islas del guano, asciende á trescientos cincuenta duros, repartidos así: cincuenta pesetas, como hemos dicho, para el corredor, y trescientas para el enganchador; cuatrocientas para el barracón, quinientas para el capitán y otras quinientas para el agente de venta. Total, mil setecientas cincuenta pesetas. ¿Si al fin esta prima perteneciese al trabajador que se contrata libremente en vez de ir á los bolsillos de los desvergonzados traficantes de la península maldita!

Friquet y Pierre le Gall se entendieron directamente con la agencia local, economizándose los quinientos francos que exige á la llegada la agencia de destino.

El jóven desembolsó por cada chino la cantidad de mil doscientas cincuenta pesetas, ó sean ciento veinte mil; toda la fortuna de sus amigos de Sumatra por los cien hombres que llevaba con él.

Cumplida esta última é importante formalidad, los dos compañeros que se creían felices al poder sustraerse al lamentable espectáculo que presenciaban desde quince días ántes, se apresuraron á embarcar en el *Lao-Tseu*, que tenía á su bordo otros doscientos pasajeros con destino á las posesiones holandesas de Bornen y Java.

(Se continuará.)

LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

I.

El año de 1868, el alférez Roberto de La Pavé, joven oficial de gran porvenir, ascendía á teniente de navío. Casi al mismo tiempo, Mauricio del Pas-Devant de Fremouse, su camarada y amigo de la niñez, era promovido á capitán de artillería. La diferencia de sus respectivas carreras había separado con frecuencia á estos dos jóvenes, pero sin que por esto se debilitasen los vínculos de su amistad; ambos honrados, pero en nada se parecían. Roberto de La Pavé, que había sido un chico violento, aturdido y generoso, vino á ser, andando el tiempo, un hombre enérgico, apasionado y entusiasta. Considerando su forma exterior, era moreno, fornido, vigoroso, de maneras bruscas, con ojos negros y relucientes. Se hubiese dicho que este robusto marino habría partido fácilmente en dos pedazos sobre su rodilla á su camarada de Fremouse, que tenía una estatura de señorita. Sin embargo, el empeño hubiera sido más difícil de lo que á primera vista parecía, porque bajo su apariencia un tanto débil, el joven capitán de artillería ocultaba nervios que le excitaban y un corazón lleno de entereza. Entró en el cuerpo de Artillería por inclinación, al salir de la Escuela politecnica. Era elegante y de aspecto dulce, tenía ojos azules, su bigote era fino y de color leonado; no se animaba sino al estampido de sus cañones; entónces se aparecía su semblante tomando el aspecto del ángel exterminador. Por lo demás, no era de temperamento demostrativo; desde la infancia, su sensibilidad, aunque muy viva, fué tímida y reservada. Recordaba todavía haber experimentado tanta dicha como emoción el día en que el fogoso Roberto, entónces de edad de diez años, le llevó misteriosamente al pie de una vieja cruz de piedra, situada en una encrucijada de aldea, y le hizo jurar sobre esta cruz un pacto de amistad eterna.

Juró, no obstante, este pacto, y ambos le sostuvieron fielmente. Sus dos familias residían en París durante el invierno, y siendo vecinos en el campo durante el verano, se juntaban naturalmente tan pronto como las eventualidades de su profesión les daban algunos días de libertad. Aprovechaban estas ocasiones para llenar los vacíos que la correspondencia más activa deja siempre en las efusiones de la amistad. Era entónces llegada la ocasión de ponerse al corriente de sus recíprocas confidencias, y estos dos valientes corazones, gozosos con este contacto, regresaban más sólidos al combate de la vida.

En Junio de 1869, M. de La Pavé volvía un poco fatigado de una campaña de Oriente; no tuvo más

que el tiempo necesario para apretar la mano de Mauricio, cuya batería había partido para África. Prometiéndole unirse á él y pasar algun tiempo en su compañía tan pronto como hubiese tomado las aguas de Vichy. Tres semanas despues, Mauricio de Fremouse, que comenzaba á inquietarse por el silencio de Roberto, recibió la siguiente carta:

«¿Has encontrado alguna vez en el mundo á la señorita Mariana d'Épinoz, hija del difunto general d'Épinoz? Respóndeme por telégrafo. Muy urgente.»

Despues de haber buscado vanamente el sentido de esta extraña epístola, M. de Fremouse renunció á este empeño y redactó en estos términos el telegrama que se le podía:

«¡Jamás!»

Esperó con impaciencia una carta explicativa, que recibió pocos días despues. La transcribimos aquí, uniéndola á ella los comentarios que sugeria á Mauricio su lectura de vez en cuando:

«Querido y antiguo amigo: ¡Yo sabía bien que jamas había amado!... ¡Ah! ¡Hé aquí una novedad!... Hace cuarenta y ocho horas solamente que puedo decir que conozco verdaderamente el amor... ¡(No es posible!...) ¡Es el rayo! ¡Ta... ta... ta!... Creí algunas veces estar enamorado... ¡(Con efecto!) ¡Ah, amigo mío, qué ilusión! ¡Qué mezquinas, qué falsas, qué miserables parecen estas pretendidas pasiones, cuando de repente se os presenta el verdadero amor! ¡De qué manera se siente que es él... en fin... el señor... el Dios! *Deus, ecce Deus!* (A fe mía que está loco...) Estoy verdaderamente persuadido de que estamos predestinados á amar á una sola mujer entre todas... La buscamos algunas veces mucho tiempo... creemos con frecuencia haberla encontrado... ¡(Oh, sí, con frecuencia!) Pero cuando al fin la encontramos, ¡qué desvanecimiento tan repentino! ¡Qué sacudimiento!... Como decimos: «¡Ella es!» ¡Con qué vínculos misteriosos, poderosísimos, irresistibles, nos atrae, nos envuelve y nos encadena de súbito!... ¡(Vamos, está perdido!)

«Ahora comprenderás, amigo querido mi extravagante y locuécica carta del otro día... ¡(No tanto!) Cuando me sentí invadido por esta pasión fulminante, cuando entendí que iba á empeñar mi corazón, mi cabeza, mi vida, mi alma, todo, en fin, experimenté un escrúpulo... me sobrecogió el terror y me dije:—¡tú conoces mis quimeras!—que habrías podido encontrar á esta joven este invierno en París; que si tú la habías encontrado debías necesariamente adorarla!... He querido ilustrarme acerca de un punto tan capital, sin dilación, pues antes que comprometer en una rivalidad amorosa nuestra santa amistad,

me hubiera marchado al cabo del mundo.... (¡ Pobre muchachol...) Pero, á Dios gracias, tú no has visto á Mariana.... por consiguiente me caso con ella. Al ménos ésta es mi intención, mi sueño y mi esperanza.

— ¿Tú sabes, amigo mío, cuánto amo á las mujeres. (¡ Si, ciertamente, lo sé !) Desde mi llegada á Vichy me ha parecido, bajo este punto de vista, una residencia encantadora. El número de mujeres bonitas que se pasean en el parque durante las horas de tarde es facultadable. Yo me vi en seguida encantado y turbado como un hombre á quien le gusta lo bello, y que además viene de la China. Yo decía á Carlos de Villadiou, al cual he visto aquí, y que es mi guía: « El diablo me lleve, tengo ganas de asentarme; hay aquí muchas mujeres preciosas. Esto me agita, esto entorpece mi cura.... » Encontrábanse aquí, cuando el pasado miércoles durante la música de la tarde—había un tiempo soberbio—jamás había sido la reunión más numerosa ni más brillante, dos señoras que yo no había visto todavía, una jóven y una anciana, atraviesan modestamente la multitud y vienen á sentarse á dos pasos de nosotros.... Inmediatamente, querido amigo, mis bonitas mujeres del día anterior, objetos de mi entusiasmo exaltado, dejan de existir; no percibo en mi derredor más que muñecas informes y oscuras vulgarizados.... No hay ya más que una mujer bonita en el parque.... en Vichy.... en el mundo, ¡ ella !

— « ¡ Ah, Dios mío ! — dijo á Villadiou — ¿ qué es esto ? »

— « Esto — me respondió Villadiou — es una diosa. »

— « Yo lo veo.... ¿ pero su nombre, su nombre mortal ? »

— « Señorita d'Épinoüy es su apellido, y su nombre Mariana, hija del difunto general d'Épinoüy; la que está á su lado es su tía, madama de Combalen, la madre de Combalen.... del círculo. »

« Preguntó á Villadiou si conocía personalmente á estas señoras — las conocía personalmente. — Le ruego que me presente y me presente. Por la noche las encuentro en el Casino. Hablo, ó mejor dicho, balbuceo algunas palabras con la señorita d'Épinoüy, y siento desde este instante que mi destino se ha fijado.... La noche siguiente, amigo mío, me asaltaron los terrores quiméricos de que te he hablado, y que tan felizmente ha disipado tu excelente telegrama. »

« Ahora, querido amigo, ¿ te haré el retrato de la señorita d'Épinoüy ? No cometeré esta imprudencia. La gracia y el encanto no se describen. Es bello sin duda.... pero no hay más que un detalle que le sea común con las demás mujeres. Lo que no pertenece á nadie más que á ella es su aire, su aspecto, su marcha, aquel no sé qué que no se puede pintar, y que hacia decir á Villadiou, el más prosaico de los hombres: « ¡ Esta mujer es una diosa ! » ¿ Por qué es una diosa ?.... No se sabe.... ¡ *Incessa patet!*.... ¡ Se acabó ! »

« Te veo sonreír, mi capitán, y comprendo tu sonrisa. ¿ Será tan fatuo, dicea para los adentros, este brujo Roberto, cuyo físico es tan poco atractivo, que pueda honjarse de agrandar á esta divinidad ? Ami-

go mío, yo estoy asombrado de mí mismo, pero se me figura que no lo desagrado. En primer lugar sabes que yo quiero fuertemente lo que quiero, y después tengo la mirada y el rostro de un corsario, y las mujeres no desdeñan estos tipos. Además, pues es menester decirlo todo, como consecuencia de todas mis desgracias de familia, poseo en la actualidad trescientas mil libras de renta, y ésta es una circunstancia que pone cierta aureola en la frente más ordinaria. La señorita d'Épinoüy, es verdad, no es pobre, pues tendrá de cuatrocientos á quinientos mil francos de dote, es decir, de veinte á veinticinco mil francos de renta; pero yo no dejo de ser para ella un partido muy ventajoso. La tía parece mirarme con ojos de clemencia. La familia es perfecta.... en una palabra, querido amigo, á pesar de los abismos insondables que separan á un pirata como yo de esta criatura deliciosa, tengo razones para esperar que te daré bien pronto una hermana y me lo agradecerás. Por todo lo cual te abrazo.... no, te abogo contra mi pecho. — Roberto. »

« P. S. — ¿ Tú sabes también que el matrimonio ha sido siempre mi ideal. »

— ¡ Su ideal ! — murmuró M. de Fremeuse doblando la carta — ¡ Parlez, si ! ¡ Sin duda.... es su manía ! Los marinos no divisan más que dos cosas que les conviene lo mismo la una que la otra; montar á caballo y casarse.... ¡ En fin !.... »

Omitió á M. de La Pavé sus reflexiones lúgubres, y se limitó á chancearse un poco respecto á su vehemencia, empuñándole afectuosamente á no precipitar los acontecimientos y á darse el tiempo necesario para estudiar el carácter y el espíritu de una persona que parecía ejercer grande imperio sobre su corazón y sobre su vida.

Roberto de La Pavé, cualquiera que fuese el ardir natural de sus sentimientos, no estaba desnudo de razón ni de juicio; no había esperado á las sábias recomendaciones de su amigo para recoger de las gentes bien informadas las investigaciones más auténticas, respecto á los antecedentes de la señorita d'Épinoüy; él mismo se aplicaba á escudriñar estos informes con sus observaciones personales.

El resultado de esta doble información fué, según el uso, completamente nulo; nuestras costumbres exigen que un marido no conozca absolutamente nada respecto al carácter de su mujer antes del casamiento, á fin de que al siguiente día tenga una sorpresa. El conjunto de la siguiente relación demostrará, por lo demás, que, bajo su impenetrable incógnito de jóven bien educada, la futura de M. de La Pavé no escondía nada particularmente de monstruoso; era sencillamente una mujer adornada con todos los instintos de su sexo, con todo el espíritu que es menester para servirse de él.

Desde que la señorita d'Épinoüy se penetró (lo que no tardó mucho) de que Roberto de La Pavé estaba enamorado de ella, manifestó su inclinación hácia él. Sabía, en verdad, que tenía trescientos mil francos de renta, pero creyó sinceramente que le hubiese agrado sin esta circunstancia, y es posible; pues, como Roberto mismo lo había observado, su fealdad

vazend, imperiosa y ardiente se imponía á las mujeres. El valsaba á las mil maravillas.

El casamiento se había verificado en Santa Clotilde tres meses despues del encuentro de los dos jóvenes en Vichy. Pero como no hay alegría completa en este mundo, el corazón de Roberto se llenó de angustia, en medio de sus más dulces regocijos por la ausencia de su amigo Mauricio, que no pudo venir á Francia en esta época por hallarse entonces destacado en una expedición.

Entre las consecuencias de esta unión se produjo una bastante rara. El amor de M. de La Pave hacía su mujer, un lugar de seguir la progresión ordinaria en semejante caso, es decir, la progresión descendente, pareció exaltarse más con la posesión. Esto era hurañoso, sin duda, para la señora de La Pave. Desgraciadamente, una pasión tan violenta y tan absorbente no viene al hombre sin algun desfallecimiento moral. Cumplido el término de su licencia, y llamada á darse á la vela, Roberto no pudo encontrar el valor necesario para separarse por muchos meses de esta mujer ultradañada; prefirió renunciar á su carrera y deponer sus charreteras. Presentó, pues, su dimisión. Aunque esta determinación fuese ciertamente legítima, y que no tuviese nada de contraria al honor, desagrado, sin embargo, soberanamente al capitán de Fremouse; vió, si no un abandono al deber, al menos una debilidad que desfavorecía un poco á sus ojos el carácter de su amigo. Sus sentimientos hacia él no experimentaron alteración, pero no pudo ménos de concebir una especie de antipatía y de rencor contra Mme. de La Pave, á la cual acusaba de haber puesto una ruca en las manos de Hércules. Su correspondencia con Roberto no fué ni ménos asidua, ni ménos afectuosa; pero acaso dejó trasparentar, bajo formas dulcemente irónicas, la hostilidad sorda que no dejó de alimentar desde esta época contra la mujer de su amigo.

Recibió en Constantina, en la primavera del año siguiente, la visita de su madre la Condesa de Fremouse, anciana señora, despejada, entendida y espiritual, que pasaba su vida en restaurar la fortuna de su hija, gravemente comprometida por las especulaciones hípias del difunto M. de Fremouse. Con este designio se había retirado á residir, desde la muerte de su marido, á unos terrenos que poseía en Normandía, y que lindaban, como ya lo hemos dicho, con las tierras y el castillo de La Pave. La llegada y la instalación del joven matrimonio en el castillo de La Pave, desde mucho tiempo abandonado y vacío, fué para la existencia solitaria de la señora de Fremouse un suceso de importancia. No dejó de escribir á su hijo todos los pormenores de la vida matrimonial; de Fremouse no se enfadó de ver, respecto á la bella Mariana, testimonios no poco más desinteresados que los de su marido. En concepto de madama de Fremouse, Mariana de La Pave era efectivamente una mujer extraordinariamente seductora.

«Es una verdadera odalisca, dijo la respetable señora, y tu amigo Roberto contribuye con su conducta á buscar la semejanza, pues es un verdadero turco, tanto por sus celos como por su fuerza. Los celos

le han excitado á pedir su dimisión, y si quieres creerme, ha hecho un disparate.... Pues hay un punto de honor en las mujeres de los marinos, y es muy raro que ellas se conduzcan mal en la ausencia de sus maridos.... En mi concepto, Roberto habría obrado con más confianza si se hubiese ausentado uno ó dos años de tiempo en tiempo.... Habría sido lo más juicioso.... porque de otra manera va á fatigarla perpetuamente, con su amor y con su carácter celoso, y esto terminará mal, lo verás.... Ya este invierno en París me han escrito algunas amigas que Roberto tomaba el aspecto de un canibal cuando su esposa valsaba con otro.... Hasta ahora esta joven es irreprochable.... extremadamente honrada, pero coqueta por naturaleza.... La gusta que la vean, se complace en agradar á todo el mundo y en verse rodeada y admirada.... Adora á París, que es su teatro natural.... Pues bien, verás cómo Roberto, que deplora todo esto, acortará todos los años su permanencia en París, y que dentro de poco tiempo su mujer se verá encerrada en el campo.... Ya este año ha regresado á mediados de Abril.... y le oigo frecuentemente exponer apologías en este sentido.... como alabar la existencia del caballero labrador.... del gran señor que vive noblemente sobre sus tierras dando buenos ejemplos.... ¡Ah, bien, sí, es menester observar la cara de la bella Mariana mientras se pronuncian estos discursos! No parece que ella se propone dar estos buenos ejemplos, yo te lo aseguro.... El otro día Roberto habló de vender su hotel de la calle de Varennes.... Su esposa se puso pálida. Por lo demás, como vulgarmente se dice, el *menaje* va muy bien, perfectamente bien.... pero hé aquí el punto negro.... Me sería extraordinariamente agradable tenerlos todo el año por vecinos.... Pero esta joven necesita aire y movimiento.... y si Roberto la encierra en esta aldea vendrá á ser colérica.... él no ganará nada.... y en último resultado ella llamará al notario.»

Estas picoterías maternales, al mismo tiempo que hacían reír á Mauricio, no dejaban de inquietarle. En los tiempos de indiferencia escéptica y de relajación moral en que vivimos, se asombra el lector de que un hombre se preocupe seriamente de la felicidad ó de la desgracia de un amigo. La amistad es un sentimiento que exige almas fuertes. Pero el abuelo M. de Fremouse era capaz de estos sentimientos que pertenecen á otra edad. Le atormentaron mucho las profecías pesimistas de su madre respecto al porvenir del joven matrimonio; sin admitir todas sus variaciones, no pudo disimular la verosimilitud que tenían en el fondo estas previsiones. Sintió que se redoblaban su antipatía contra aquella mujer, que, despues de haber coto la carrera de Roberto, amenazaba comprometer un día ú otro su reposo, y puede ser hasta su honor. Pero al mismo tiempo formó el propósito de ejercer toda su influencia sobre el ánimo de Roberto para disuadirle de sus proyectos irreflexivos y apartarle de faltas de conducta irreparables. Si sus cartas escritas en este sentido no eran eficaces, resolvió pedir una licencia, á fin de llevar personalmente sus consejos al oído y al corazón de su hermano adoptivo.

(Se continuará.)

LOS INDÍGENAS DE LA NUEVA CALEDONIA.

No alimentándose los habitantes de esta colonia como acontece á los naturales de toda la Oceanía, mas que de batatas y taros, con exclusion casi completa de todo otro alimento, natural era que se dedicasen con esmero al cultivo de la tierra, obteniendo por esto tan buenos resultados, que las recolecciones de dichas plantas no pudieran ser más abundantes.

En ningún mes del año dejan ellos de tener taros en sus posesiones, así como la batata, alimento predilecto del canaco, que requiere ser plantada en Octubre y recolectada en Abril.

Todo el que observe los terrenos en declive contiguos á la carretera que va de *Kanala á Ourail*, y más que todo los alrededores del pueblo llamado *Kulué*, distante cuatro kilómetros del primer punto, los encontrará cubiertos de extensos y magníficos sembrados de taros, cuyo sistema de riego descubre no pequeño ingenio y acierto.

También abunda el país de los canacos en cocoteros, si bien su alimento habitual no lo constituye el fruto de estos árboles, ni tampoco el pescado que se procuran con sus redes, cuya longitud no pocas veces pasa de cuarenta metros, y su anchura de un metro, siendo con estas proporciones tanto más de extrañar el arte admirable con que las tejen.

Cuando van de pesca los canacos, lo hacen en una ó varias plangas unidas entre sí, que teniendo de larga de cinco á quince metros, están diciendo bien claro no ser más que gruesos troncos de árboles huecos, algun tanto modificados, valiéndose para navegar en ellos de velas hechas de paja y de remos indianos; así es como surcan el mar en busca de mariscos, cangrejos y langostas.

No debe omitirse que si se encuentran sobre los cocoteros alguna langosta, se la comen tambien, aunque tenga proporciones enormes, como no pocas veces sucede.

Jamas ponen término á sus comidas sin chupar al fin algunos canutos de caña dulce del país, que como grandemente feraz, la produce muy alta y muy gruesa, y de especies tan variadas como guatuzas.

Crian varias clases de animales, entre ellos el cerdo y todo género de aves de corral, no tanto con el fin de mantenerse con ellos, cuanto con el de venderlos á los blancos en cambio de tabaco, telas, y más que todo, licores, hácia los cuales empiezan á sentir una afición desmedida.

Nada hay más sencillo que el vestido de estos indios reducido sólo á defender y cubrir las partes sexuales, llamándose *nua* el del hombre y *n'dia* el de la mujer. Alguno que otro, muy raro por cierto, ha comenzado en *Kanala* á vestirse, estos últimos tiempos, á la europea. Todos sin distincion, así hombres como mujeres, fuman con pasion unas brevas de tabaco americano, muy fuerte.

Sus fiestas, llamadas *pilus-pilus*, se verifican una vez al año tan sólo en los meses de Abril y Mayo mientras se recolecta la batata. Suelen consistir en grandes danzas que persisten durante toda la noche con asistencia de toda la tribu, presidida por su jefe y á las que preceden alegres y divertidos convites que abundan en batatas, taro, mariscos, pescados, tortuga y caña de azúcar: á tales regocijos públicos asisten todos; pero á aquellos otros que tienen lugar al mismo tiempo y en los que los jefes se convidan y hacen mutuos regalos, nadie más que ellos puede asistir.

Hace unos veinte años no faltaba nunca carne

humana en los *pilus-pilus*; y cuando sucedia lo contrario, decíase que la fiesta y diversion no habia sido completa.

La víctima sacrificada era siempre algun ladrón ó alguna adúltera, que cogidos en su delito guardábanse para las fiestas próximas. Como prueba del horror con que los naturales de estas islas miran los dos crímenes indicados, y que siempre castigaban con pena de muerte, vamos á referir dos hechos bastantes recientes, y garantizados con el testimonio de muchas personas vivas aún que los presenciaron.

M. Albarot, colono sumamente respetable establecido hacía mucho tiempo en *Kanala*, quejose un día al jefe de la tribu llamado *Golima*, de la guardia de un pafuelo puesto á secar en su posesion. Al punto se pusieron en ejecucion todos los medios para descubrir al ladrón, que luego de descubierto fue mandado ahorcar, siendo preciso todos los cuerpos del respetable colono para que aquel acto supremo de justicia no fuese puesto en ejecucion.

En otra ocasion, el puesto de guardia, colocado en un sitio cercano al mar, oyó durante la noche unos gritos desgarradores y agudísimos que partian de un pueblecillo canaco, residencia entonces del jefe de la religion llamado *Grandin*. Envió el oficial varios soldados á indagar la causa de tal ruido en aquellas horas, los que se dieron tal prisa, que pudieron salvar de la segura muerte que la amenazaba á una pobre mujer, convencida de adulterio, y que atada á un árbol iba á ser blanco de los dardos disparados por los tryos. Tambien es verdad que en desquite de la extraordinaria severidad con que han de ser tratadas las canacas, una vez casadas, por sus esposos, procuran ellas, antes de que la union se efectúe, disfrutar de la libertad más completa, llevada á veces hasta la licencia.

No hay cosa que con más delirio quieran los neocaledonios que las diversiones, viéndose á veces tribus enteras hacer á pié más de veinte leguas para tomar parte en algun *pilus-pilus*, fiesta más arriba descrita. Acompañan sus danzas de grandes gritos, que no carecen de cierta cadencia, y de un ruido monótono producido por pedazos de corteza de árboles, que alguno de ellos hacen chocar unos contra otros. Estos pedazos de madera llamados *komboné* en dialecto kanalés, son de figura triangular, y se hacen con la corteza de una biguiera del país, llamado por los indigenas *ma-má*; su interior está chapado á fin de reforzar el sonido con pedazos de *niapuli*, que corresponde á la *Melencaleucledendron* y *Malena vitifolia*, árbol muy abundante en la isla y que presta á sus habitantes no pequeños servicios por la solidez y duracion de las estacas, maderos y tablas que de él se sacan, sirviendo no poco para la construccion de chozas las grandes tiras que á la corteza se le sacan, sin que por ello se resaca.

Como dijimos, la danza dura hasta el día siguiente, sin hacer caso de lo mucho que refresca la noche ni del abundante ruido que los suele oír encima, de lo cual proceden no pocas reumas, que descuidados llegan casi siempre hasta causar la muerte de los pacientes. Llegarán á reunirse en los *pilus-pilus* de mil á mil docientas personas de ambos sexos, siendo los muchachos los más fieles en no faltar nunca en el lugar prefijado, que actualmente suele ser siempre *Kanala*.

Las armas de los canacos no pueden ser ni más sencillas ni ménos terribles para los europeos, pues consisten en grandes mazas de madera durísima, en flechas, piedras cortantes que lanzan con la honda, y otras por el estilo.

No puede ser mayor la ojeriza que conservan los



UN PUERTO QANACO DE LA NUEVA CALEDONIA.

franceses condenados á trabajos forzados, llamados en Nueva Caledonia *transportados* (1), hacia los indígenas, quienes se lo pagan á su vez en la misma moneda. Esto se explica considerando que luego de sabido el escape de uno de los transportados, izase sobre el terreno más alto, el que por lo tanto domina todo el extenso valle de Kanala, y á un otras puntas que fuera de él se hallan, una bandera cuya significación saben todos interpretar. Al punto salen los canacos á casa del evadido, aguijoneados por la esperanza de veinticinco francos, premio ofrecido al que logre capturarlo; y una vez realizado su objeto, se le traen aindo y dándole de palos hasta la vivienda del jefe de partido ó comandante territorial. De esta relación se ve que difícilmente podrá un evadido andar suelto ni á un dos días siquiera.

La vida de los indígenas se va de día en día disminuyendo, pudiendo en general decirse que los ancianos abundan ya muy poco, sobre todo desde que les entró la afición á las bebidas alcohólicas, y fué ésta haciendo mayores progresos, ó por mejor decir, mayores estragos; como consecuencia de todo va la población negra disminuyendo con una rapidez que espanta. A los muertos no los entierran, sino que llevándolos muy lejos de poblado, los cuelgan en los árboles de las montañas, y de aquí es que los vivos respiren aire tan infectado por las emanaciones pútridas de los cadáveres en descomposición.

Si el que muere es un jefe ó un natural del país de alguna importancia, convócase la gente á un *pila-pila* fúnebre, al que asisten hombres y mujeres embalsamados de blanco, llevando hachos en sus manos, y en esta actitud se ponen á derramar abundantes lágrimas más ó menos sinceras, acompañadas de fuertes gritos, que dan á conocer la pena verdadera ó fingida que los produce la pérdida del finado. Otra muestra de sentimiento por la muerte de algun jefe ó *ahiti*, y por cierto que es no poco bárbara y perjudicial á los colonos, es la publicación relativa á los cocos de un *tabou*, como ellos dicen, y que consiste en prohibir bajo las penas más severas contra los indígenas infractores, que nadie ose tocar un poco en el tiempo de seis meses, de un año, y á veces de más. Las consecuencias de este decreto no pueden ser más fatales, pues todo colono que cría puercos tiene que resignarse á verlos perecer de hambre, por no gustar á los animales más alimento que el coco; tiene también que suspender la preparación del aceite de coco y la del *colza* (2), industrias ambas no poco lucrativas, pues con poca cosa se le compran á los indígenas los cocos necesarios para su obtención, vendiéndose después á buen precio.

Llegado el día prefijado en que debe espirar el *tabou*, verificase la ceremonia con cierta solemnidad por el nuevo jefe de la tribu y por aquellos ancianos de ellas que más contribuyeron á que se decretase y fijase su duración, siendo el fin de la fiesta un gran convite y un *pila-pila*. Aquí merece consignarse el singular respeto con que, tanto en la Oceanía como en otros países, son los jefes mirados cuando están en el ejercicio de algunas de las funciones de su cargo, si bien ellos por su parte tienen siempre cuidado con que sus determinaciones vayan apoyadas con los consejos de los más ancianos, especialmente en los casos de gravedad.

No es decible cuánto han trabajado las autoridades

de las francesas de la colonia, por lo general compuesta de oficiales de infantería de marina, que desempeñan tal cargo con el nombre de jefes de partido, para conseguir la supresión de la bárbara costumbre del *tabou*, habiendo no pocos de ellos tenido el gusto de verla suprimida en las capitales de sus respectivos distritos y alrededores de las mismas.

Cuantos detalles van hasta aquí expuestos, si bien retratan de un modo especial las cosas y personas del pueblo llamado Kanala, no obstante, varios viajes y excursiones hechas en todas direcciones, han demostrado la más exacta semejanza entre todos los que moran esparcidos por los restantes puntos de la costa, diferenciándose tan sólo en la lengua, pues hasta el día se la reconocido perfectamente en la nueva Caledonia la existencia de veinte dialectos distintos.

El adjunto grabado presenta en medio de la más pujante vegetación una ranchería, de la que se ven dos ranchos; los árboles que con su verde ramaje les cubren, dicen á las claras la feracidad de la tierra, y cuán rico sea un suelo que podría proporcionar muy holgada existencia á no pocos de los que en Europa la arrastran bien miserable.

LOS BIBLIÓFILOS.

(CUADRO DE GIMENEZ-ARANDA.)

Los Bibliófilos es un precioso cuadro de género, compuesto con perfecta inteligencia del asunto, dibujado correctamente y pintado de finísimo colorido, que representa una escena de costumbres sevillanas á principios del siglo actual; ante la ojival portada de la iglesia de San Márcos se descubre la modesta librería del Buen Suceso; dos frailes y dos caballeros, ceñidos éstos de relucientes corazas, examinan los volúmenes que el comerciante ha colocado sobre una mesa en medio de la calle y en vieja salsena á la puerta del establecimiento; al fondo se mira un grupo de tres personas en actitud gallarda, y más allá se distingue una pareja que se encamina tranquilamente al cercano templo.

Todo el cuadro tiene carácter de época y fiel colorido de la realidad, siendo, en fin, digno del pincel del reputado pintor D. José Gimenez-Aranda.

EPIGRAMA.

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó:
¿Te acuerdas tú? Y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Jefe, viendo un idiota,
Dijo risueño al momento:
Haz también entendimiento
Y te costará lo mismo.

IGLESIAS.

(1) Los transportados á Nueva Caledonia, un número de diez mil, más ó menos, se aplican á trabajos de utilidad pública tales como la agricultura, la que asocian en sociedades y forman pequeñas granjas modeladas éstas en *linado*, *Bahia* y *Parati*.

(2) Nuez de coco macha al sol, de mucho uso en la perfumería fina.



LOS BIBLIÓFILOS.

LA HONRADEZ.

¿Que es la HONRADEZ? Una palabra compuesta de tres sílabas, y que se escribe con *h*, lo mismo que pudiera escribirse sin ella.

Ser honrado es el bello ideal de unos cuantos industriales; parecerlo, el constante afán de la humanidad.

Y vamos á cuentas, digo yo ahora. ¿Ese telon metafórico, y permitaseme la frase, que aísla á los confi-

nados de los que no sufrieron persecucion de la justicia, en qué se conoce? ¿Qué grados tiene? ¿Quién le ha marcado el límite y dónde recogen sus diplomas los agraciados con tan señalada distinción? ¿Basta serlo? ¿Hace falta parecerlo? ¿Son necesarias ambas circunstancias, ó basta sólo con una? ¿De cuál de las dos prescindirían ustedes en caso de apuro? Pregunton estoy, ¡vive Cristo! y temiendo estoy no fengán en la imprenta suficientes interrogaciones para satisfacer mis exigencias.

La honradez, lógicamente pensando, debe tener

VENTAJAS DEL INVIERNO.



Más cuco este ciudadano,
se sienta donde da el sol,
que le vuelve el alma al cuerpo
sin riesgo de chamuscon.

su más firme apoyo en la conciencia, oracion impalpable ó invisible que yo no me atrevo á negar, pero que nadie podrá tampoco señalar con el dedo.

La conciencia debe ser, y es indudablemente, la historia retrospectiva de nuestros actos pasados, íntimamente ligada con nuestro criterio, y que da por resultado la satisfacción ó el remordimiento, segun las acciones llevadas á cabo por el individuo que se permite el lujo de ser *conciencioso*, la suerte de tener criterio y la duda de si debe ó no aspirar al epigrafe de este articulejo.

Sin embargo, desde que el mundo es mundo, el demonio tiene cuernos y la carne nos arnasta á la vida *perdurable*, todas las tendencias han sido las mismas, todos los esfuerzos han ido encaminados á

un fin análogo, y despues de todo, poco ó nada se ha podido conseguir; y si no, demostracion al canto.

No hay cadáver que no alcance el nombre de honrado, no hay cesante sin esta recomendable cualidad, no hay memorial que no se escude en la *honradez* del solicitante, y si no recordad las *honras fúnebres* de D. Fulano, la incomprensible cesantia del honrado y celoso funcionario público D. Zutano, el donativo entregado al honrado padre de familia D. Mengano.

¡Oh descontentadizo articulista! Todos, todos.... ó casi todos han conquistado tan envidiable título; todos los españoles y muchos que no lo son, ostentan ese blason por doquiera sin protestas de nadie, sin que sus conciencias les recuerdan, sin que su

critorio ni su historia tengan que decir «esta boca es mía.»

Y ahora dime tú, queridísimo lector, ¿no te parece extraño que nadie, absolutamente nadie haya rebasado la línea?

¿Qué feliz mortal ha logrado dar un paso más que sus conciudadanos? ¿Dónde está el que diga: «Yo, yo he rayado en este asunto una pulgada más arriba que los demás?»

Triste y desconsoladora verdad, pero innegable á todas luces; y si lo dudas ahí van los hechos:

Cuando quieres encomiar la bravura de un gene-

ral, todo el mundo te comprende sólo con decir *más valiente que el Cid.*

¿Quieres desacreditar las faucones de un amigo? *Es más feo que Picio.*

¿Es embustero? *Miente más que la Gaceta.*

¿Ladron? Ahí está *Caco.*

¿Listo? Compárale con *Cardona.*

¿Elocuente? Cita á *Castelar.*

¿Sabio? *Merlín en puerta.*

¿Escritor fecundo? *El Tostado te saca de compromisos.*

¿Sanguinario? *Neron.*

INCONVENIENTES DEL INVIERNO.



De su esposa Doña Nieves
huyendo este buen señor,
por poco la chimenea
no hace de él un chicharrón.

¿Exagerado? *Manolito Garquez.*

¿Pequeño? *Motias el fosforero.*

¿Forzudo? *Sanson.*

¿Cobarde? *Más que una mona.*

¿Sentencioso? *Sancho Panza.*

Todo, todo tiene su digna representación, los vicios como las virtudes, las armas como las letras.

La riqueza, Creso; la hermosura, Vénus; la gallardía, Diana; la pobreza, las ratas; la... pero ¿á qué continuar, si sería, sobre molesto, interminable? La DONRADEZ es la sola cosa que no tiene representación en esta especie de mitología; nadie ha logrado encumbrarse sobre los demás; la historia no tiene un nombre que citarnos para que sirva de es-

tímulo, no existe un ejemplo que nos anime, una popularidad que nos aliente, un maestro á quien imitar, un dios á quien quemar incienso en esta religión que tiene su culto, sus sacrificios y sus altares; pero altares sin imágenes, sin ídolos.

Ya lo sabéis: existe una vacante de celebridad, una poltrona que ocupar, y una raza que perpetuar. Á ver, los Sanchez, los Lopez y los Garcia; ¡hurra! al asalto; Leopoldo Cano ha dicho que

Hay muchos hombres honrados

Y poca Guardia civil.

Aunque no os guíe otro móvil que el de dejar por embustero á un autor dramático, haced un esfuerzo, cread escuelas si es preciso, abrid institutos, y si

TARIFA tuvo un Guzman, tratemos de que España pueda escribir con letras de oro la fe de bautismo de UN HOMBRE HONRADO.

CALIXTO NAVARRO.

TRES FECHAS.

ANTES DE LA BODA.

«Lucia del alma mia :
Recibe en estos renglones
Las sinceras expresiones
De mi loca fantasia.

» Desde que te has ausentado
Mi recuerdo tuyo ha sido,
Y tuyo el febril latido
De mi pecho enamorado.

» Mas ¡ay! tan lejos de tí
¡Cuán despreciable es mi suerte!
¡Á Dios pidiera la muerte
Antes que vivir así!

» ¿Cuándo querrá la fortuna
(Pues hoy me niega sus dones),
Unir nuestros corazones
Y hacer de dos almas una?

» ¡Adios, mi bien! Hasta el día
En que, olvidando el ayer,
Sólo tuyo pueda ser,
Y tú solamente mía.

» ¡Adios, mi vida, mi amor!
Sale el correo. Concluyo.
Te adora y es tuyo, tuyo,
Siempre, siempre,

» Nicanor. »

EN LA BODA.

— ¡Qué ventura!
— ¡Qué placer!
— ¡Ya eres mío!
— ¡Ya eres mía!
— ¡Mi Nicanor!
— ¡Mi Lucia!
— ¡Mi marido!
— ¡Mi mujer!
— ¡Sólo á tu mandato escucho!
— ¡Siempre juntos estaremos!
— ¡Siempre como hoy nos querrémos!
— ¡Mucho!
— ¡Mucho!
— ¡¡Mucho!!
— ¡¡Mucho!!

DESPUES DE LA BODA.

« Querida esposa : El negocio
Del aceite salió mal.
Va á costarme un dineral
La idea de mi consocio.
» Hoy saldré para Bilbao
Á probar nueva fortuna,

Y á recoger allí una
Partida de bacalao.

» Como es cuestion de intereses,
Crep que mi estancia allí
Próximamente será
De unos cuatro ó cinco meses.

» Mándame ropa interior,
Sin más, con besos al niño
Y tú recibe el cariño
De tu esposo

» Nicanor. »

» Postdata. — Le ha escrito ya
Á tu primo mi banquero,
Si te hace falta dinero,
Te lo facilitará.

» Justo es que á comer le invites
Cuando vaya á visitarte :
Queda encargado de darte
Todo lo que necesites. »

VITAL AZA.

LA VIUDITA.

Antes de cumplirse el año
De la muerte de su esposo,
Siendo un hecho escandaloso,
Inexplicable y extraño,

Con un negro, que su suegro
De mayordomo tenía,
Se entusiasmó Rosalia
Y se casó con el negro.

Fué el asombro general
Y contra la pobre viuda
Entabló campaña ruda
La chismografía social.

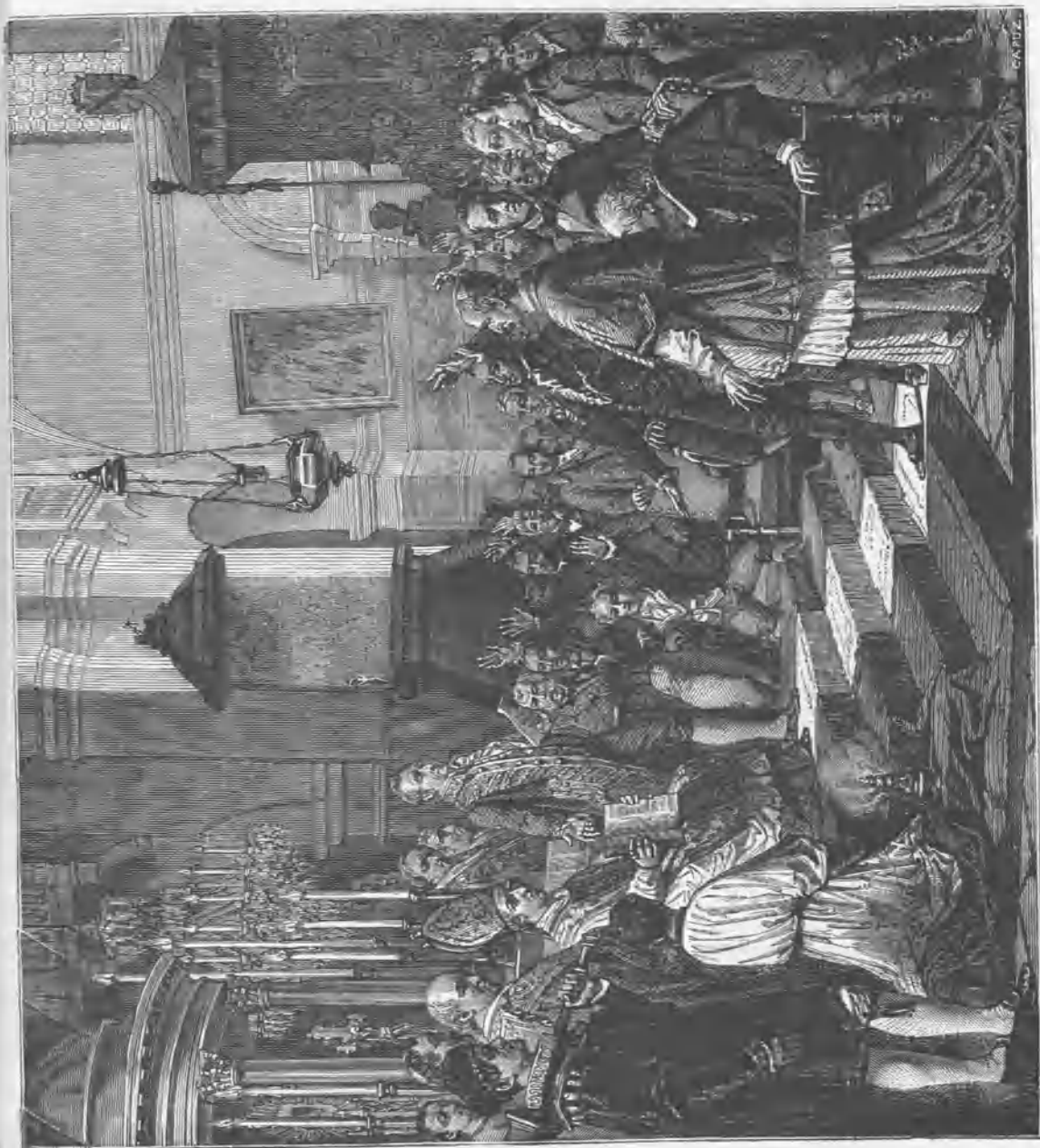
Pero ella con gran reposo
Así contestaba al suegro :
— Para cumplir con mi esposo,
¡Qué luto más riguroso
Que casarme con un negro!

JAVIER DE BURGOS.

JURAMENTO DE LAS CORTES DE CADIZ DE 1810.

CUADRO DEL SEÑOR CASADO.

Constantes en nuestro deseo de dar á conocer á nuestros lectores los principales cuadros debidos á los siempre renombrados pinceles de artistas españoles, publicamos en este número una reproduccion del magnifico cuadro del Sr. Casado, que representa con toda perfeccion el juramento prestado por las Córtes de Cádiz en 1810; la grandiosidad del asunto es digna del hábil pincel que lo ha reproducido.

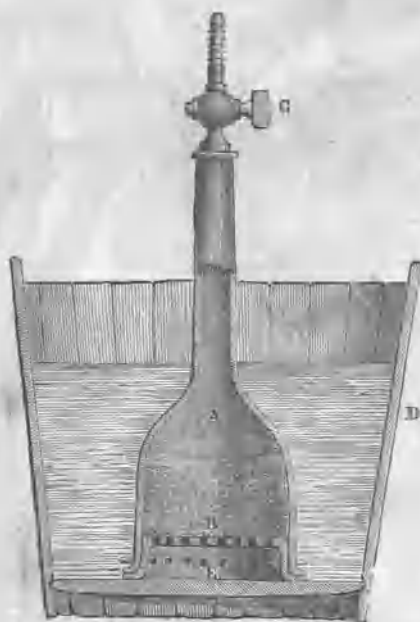


JURAMENTO DE LAS CORTES DE CADIZ DE 1810. — CUADRO DEL SR. CASADO.

APARATO

PARA LA PREPARACION DE LOS GASES.

El aparato que vamos á describir, debido á la inventiva de M. Moltoin, y cuyo grabado va más abajo, está destinado á la preparacion de los gases por la via húmeda y sin calor se obtienen, tales como el ácido sulfhídrico, el ácido carbónico y el hidrógeno. Construido el aparato en cobre estañado, compónese de un recipiente en forma de botella, en cuyo fondo va una rejilla de metal *B*, que da paso á los líquidos por los agujeros que tiene. Dentro del recipiente *A* se coloca la materia sólida que ha de hacer el oficio de reactivo, y en el subeje *D* el ácido sulfúrico. Esto supuesto, sea el caso de la obtencion



Aparato para la preparacion de los gases.

del hidrógeno. Dispuesto el aparato segun indica la figura, y colocada en el recipiente *A* la granalla de zinc, se abra la llave *C*, con lo cual penetrando en *E* el agua acidulada, se elevará por los agujeros de la rejilla *B*, y atacará la granalla de zinc que en el aparato se encuentra. El hidrógeno desprendido subirá por el tubo superior, bastando cerrar la llave *C* en el momento de ser suficiente la cantidad de gas desprendido, para que la produccion queda interrumpida. Careciendo de salida los gases, comprimirán los líquidos, que saliendo otra vez de la botella dejarán dentro únicamente la materia sólida que sirvió de reactivo. Por medio del aparato en cuestion se prepara, segun hemos dicho, el ácido sulfhídrico, mediante el sulfuro de hierro y el ácido sulfúrico diluido, como tambien el ácido carbónico por medio de la creta y el ácido clorhídrico.

AMETRALLADORAS DE A BORDO

SISTEMA GATLING.

Á pesar de que Mr. Gatling no sea el inventor, propiamente dicho, de las ametralladoras, con todo, su nombre irá siempre unido á estas armas, ya por las aplicaciones prácticas de que las hizo capaces, ya por las muchas é importantes innovaciones que en ellas ha introducido.

Á mediados de 1862 dió al público Mr. Gatling, en Indianópolis, lugar de su residencia, la primera de su ametralladora, y movido de la buena acogida que en aquellas partes tuviera, se resolvió á presentarse en Francia al emperador Napoleon III, quien, si bien se interesó por su autor y le colmó de distinciones, no dictó resolución alguna que cediese en su beneficio. Desesperanzado de conseguir nada en Francia, partió para los Estados-Unidos, y en este país, ya por algunas mejoras introducidas, ya por hallarse á la sazón los federales y los separatistas en luchas desgarradoras, no ambicionando más que destruirse, cual en todas las guerras civiles sucede, viendo que el aparato presentado sembraba asombrosamente la muerte, lo adoptaron y encargaron á su autor 100 ametralladoras, 50 de una pulgada de calibre y otras 50 de media. Esto era en 1864.

No se volvió á hablar más sobre este asunto hasta el año 1867, en el que con motivo de la Exposicion universal de París presentose en esta ciudad mister Gatling con modelos tan adelantados y precisos, que atrayendo la atencion de los gobiernos los indujeron á hacer pruebas con ellas y á proveerse para los casos de guerra. Uno de ellos fué el frances, que en la guerra franco-prusiana hizo uso de varios ejemplares sistema Montigny, obteniendo con ellos en varios encuentros retardar el paso victorioso de las tropas alemanas.

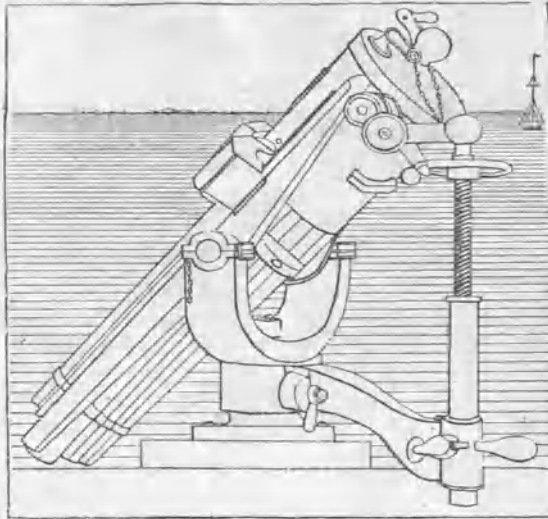
El buen efecto producido por las de tierra hizo pensar en los importantes servicios que tales armas podrian producir en el mar, ya, 1.º, para cuando fuese necesario proteger un desembarco, barriendo ántes la playa con numerosos é instantáneos proyectiles; ya, 2.º, para cuando urgiese la defensa á bordo, impidiendo con este fin la aproximacion de los buques, ó acribillándolos con balas, caso de que se acerquen.

El primero de nuestros dibujos presenta el sistema ideado por Mr. Gatling para conseguir el doble objeto propuesto. El mortífero aparato, capaz de disparar cuarenta veces por minuto, apareció instalado sobre la cubierta de un buque y montado sobre una cureña especial que le permite formar una puntería negativa de 70° y otra positiva de 15°. Además de estas cualidades posee la de ser muy manejable; pues tanto ametralladora como cureña pueden con la mayor facilidad embarcarse en una canoa ó chalupa.

Nuestro segundo grabado presenta otra ametralladora destinada á servir desde lo alto de las cofas, distinta tan sólo de la anterior por algunos de los

detalles que exige el distinto lugar donde tiene que operar. Según se nos ha comunicado, todos los buques de guerra ingleses que surcan en la actualidad las aguas del Mediterráneo están provisto de estas máquinas, cercadas alrededor de una muralla de acero para resguardo suyo y de los artilleros que las manejan. Este último detalle ha venido á aminorar el increíble peligro en que se hallaban los tiradores de marina, que debiéndose en los combates subir á

las cofas, veíanse en ellas expuestos á todos los tiros de los enemigos, sin resguardo de ningun género; en lo cual merecemos los modernos ser vituperados por los antiguos, quienes tanto y de tal modo fortificaban las cofas, que parecian pequeñas fortalezas, desde las cuales los arqueros con ningun peligro suyo causaban daños inmensos á los contrarios; más ya este descuido anda en vías de remedio, siendo curioso por demas que habiendo despreciado los



Ametralladora para los buques.

espolones y torres aéreas de los antiguos, la conveniencia, y aún necesidad, nos obliguen á adoptarlos de nuevo.

EL MEJOR MAESTRO.

Nace el niño á la existencia;
É ignorante del destino,
Ve de su vida el camino
Con infantil impaciencia.
Todo lo quiere saber,
En todo marcar su huella,
Y en su mente se atropella
Cuanto alcanza el niño á ver.
Ansia de aprender le inflama
Lo que en el mundo se encierra,
Que es para el niño la tierra
Bellísimo panorama.
Cerca de él, por todas partes
Seducen su inteligencia
Las conquistas de la ciencia,
Las bellezas de las artes;
Y en opuesta educacion,
Ve pasar continuamente
Turba infinita de gente

Movida por su pasión,
Ya entregada á la alegría,
Ya dando al llorar tributo;
Aquí la miseria y luto,
Allá procaz osadía;
Sombra y luz, fausto y pobreza,
Cuadros que en constante afán
Siempre fijos se verán
En nuestra naturaleza....
Con el labio balbuciente,
Y curioso con exceso,
Pregunta entónces: ¿Qué es eso?
¿Por qué se agita esa gente?
¿Qué pasa? ¿Qué ocurre allí?
¿Quién hizo lo que me asombra?
¿Cómo este objeto se nombra?
¿Quién puso este afán en mí?
¿Por qué, si busco, no encuentro?
¿Qué produce ese ruido?
Lo que es hoy, ¿antes qué ha sido?
¿Qué tiene ese objeto dentro?...!

Tanto preguntar prolijo
Sólo una madre remedia,
Que es viviente enciclopedia
Que de dudas saca á su hijo.
Dulce y sencilla lección
Á todos nos va instruyendo,



NUEVA AMETRALADORA USADA EN LOS BUQUES.

Y así vamos aprendiendo
 A usar de nuestra razón,
 Y como la madre cuida
 De fijar nuestros progresos
 Con sus lecciones y besos
 En la ciencia de la vida,
 A la vez que el corazón
 Va amorosa alimentando,
 Poco á poco nos va dando
 Nuestra primera instrucción,
 ¡ Bendita la profesora
 Qué más al niño conviene!
 ¡ Dichoso del que áun la tiene!
 ¡ Infeliz del que la llora!

M. OSSORIO BERNARD.

CANTARES.

Saber tu vida pasada,
 Quiero á veces y no quiero;
 Aunque yo te lo pregunto
 Nunca me digas qué has hecho.

Como un fósforo encendido
 Tengo tu vida en mis manos;
 Me estoy quemando los dedos
 Y no me atrevo á apagarlo.

Sonando anoche contigo,
 Vi que le hablabas á un hombre:

Mira lo que hacen los celos,
 ¡ Ni uno mismo se conoce!

Hasta del cariño somos
 En este mundo juguete;
 Queremos y nos olvidan,
 Olvidamos y nos quieren.

Muerta la vi y en su frente
 Puse los labios temblando:
 Eran mis cabellos negros
 Y se me volvieron blancos.

Estoy en el mundo solo,
 Nadie por mí se interesa;
 Sombras en los árboles busco
 Y los árboles se secan.

JAVIER DE BÚRGOS.

SUMARIO.

ENSAYOS.—Un pueblo canaco de la Nueva Caledonia.—Los Bibliófilos, cuadro de Aranda.—Ventanas del invierno.—Inconvenientes del invierno.—Juramento de las Cortes de Cádiz, cuadro de Casado.—Aparato para la preparación de los gases.—Ametralladora para los buques.—Nueva ametralladora para los buques.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
 TEXTO.—Evangolina, por Longfellow.—El Archipiélago de Fuego, por Julio Verne.—Aventuras de un pilluelo de París en Occidente, por Boussenard.—La Vida, por Octavio Feuillet.—Los Indígenas de la Nueva Caledonia.—Los Bibliófilos.—Epigramas, por Vital Aza.—La Viudita, por Javier de Burgos.—Juramento de las Cortes de Cádiz de 1810, cuadro de Casado.—Aparato para la preparación de los gases.—Ametralladoras de á bordo.—El mejor maestro, por Desorio y Bernard.—Cantares, por Javier de Burgos.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.